

# **Algunos Cuentos de Navidad**

**Por**

**Charles Dickens**

***Free*editorial** 

## UN ÁRBOL DE NAVIDAD

### A Christmas Tree, 1850

Estuve contemplando esta noche a un grupo alegre de niños, reunidos en torno a un lindo juguete alemán: un árbol de Navidad. Estaba plantado en el centro de una mesa redonda muy grande, y se erguía muy por encima de las cabezas de aquéllos. Se hallaba iluminado con multitud de velitas, y centelleaba por todas partes, deslumbrante de objetos brillantes. Escondidas entre sus verdes hojas había muñecas de mejillas sonrosadas, y colgando de sus innumerables ramitas se veían auténticos relojes (por lo menos, sus manecillas podían moverse, y se les daba toda la cuerda que uno quería); sujetas entre las ramas, como para amueblar una casa de hadas, había mesas, sillas, camas, roperos, todos ellos barnizados a la francesa, y relojes con cuerda para ocho días, y otros utensilios domésticos maravillosamente fabricados de metal en Wolverhampton; se veían igualmente en el árbol hombrecitos alegres y de cara regordeta, mucho más atrayentes que bastantes hombres de carne y hueso (lo cual no debe maravillar, porque sus cabezas eran postizas y estaban atiborradas de confites); había violines y tambores, panderos, libros, cajas de herramientas, cajas de pinturas, cajas de dulces, cajas de estampas para mirar por un agujero; cajas, en fin, de todas clases; había, para las niñas grandecitas, diademas mucho más brillantes que las joyas y el oro de las personas mayores; había cestillos y alfileros en gran variedad; había fusiles, espadas y banderas; y brujas, en pie dentro de un círculo mágico de cartón, dispuestas a decir la buenaventura; había perinolas, trompos zumbadores, estuches de agujas, seca-plumas, botellas de sales, pinturas de hombres ilustres, sujeta-ramilletes; frutas de verdad a las que se había dado un brillo deslumbrador bruñéndolas con oro en hojas; manzanas, peras y nueces artificiales, llenas de sorpresas; en una palabra, y para emplear la frase que una linda niña que estaba delante de mí pronunció, dirigiéndose a otra linda niña, su amiga del alma: «Hay de todo y más». Esta abigarrada colección de los objetos más diversos, que llenaba el árbol como con frutos de magia, y que reflejaba el brillo de las miradas que desde todas partes le dirigían (algunos de los ojos diamantinos que le admiraban, apenas si alcanzaban el nivel de la mesa, y otros languidecían poseídos de un asombro tímido en brazos de lindas mamás, tías y niñeras), plasmaba en realidad viva todas las fantasías de la niñez; y me hizo pensar a mí en que todos los árboles que crecen y cuantas cosas nacen sobre la tierra tienen para la época inolvidable de la niñez sus adornos naturales.

He vuelto a mi casa, estoy sin mi familia, y soy la única persona que hay despierta en aquélla; mi pensamiento, arrastrado por una fascinación de la que

me dejo llevar, vuelve a los tiempos de mi propia niñez. Empiezo por preguntarme qué cosa es, de todo cuanto había en el árbol de Navidad de nuestras Navidades infantiles, aquella de que mejor nos acordamos, y que nos sirvió para encaramarnos a la vida real.

En el acto surge un árbol frondoso en el centro de la habitación, pero sin que entorpezcan su crecimiento paredes, o un techo de poca altura; mirando hacia lo alto de la soñadora luminosidad de su copa (porque observo en este árbol la singular propiedad de que crece hacia abajo, con las raíces en el cielo), examino mis recuerdos navideños más lejanos.

Y lo primero que veo son todo juguetes. Allá, entre el verde acebo y las bayas rojas, está el tentemozo, con las manos metidas en los bolsillos, empeñado en no tumbarse jamás, y que en cuanto lo colocan en el suelo da vueltas y más vueltas a su cuerpo gordinflón, hasta que logra el equilibrio, y se me queda mirando con sus ojos saltones; yo fingía entonces reírme mucho; pero allá, en el fondo de mi corazón, me quedaba bastante receloso del tentemozo. Junto a éste, veo la infernal caja de sorpresa, de la que salía disparado un endemoniado abogado vestido de negra toga, con una repugnante cabeza de pelo; la boca, de tela colorada, abierta de par en par, una figura que me resultaba insoportable, pero de la que no podía desembarazarme, porque en mis pesadillas soñaba con cajas de sorpresa enormes, y el abogado salía agigantado de su interior cuando menos lo esperaba. Tampoco está lejos la rana con cera de zapatero en la cola; nunca se sabía de dónde iba a saltar, y cuando volaba por encima de la vela y se plantaba en la palma de la mano de uno con sus espaldas moteadas (rojo sobre fondo verde), resultaba horrible. Más bondadosa, y además bella, era la dama de cartón con falda de seda azul a la que colocaba tesa sobre el fondo del candelero para que bailase, y a la que veo ahora en la misma rama; pero no puedo \*decir lo mismo del hombre de cartón, figura más grande que la de la mujer, y al que solía colgarse de la pared y se hacía funcionar con un cordel; su nariz tenía una expresión siniestra, y cuando se abrazaba el cuello con las piernas (cosa que ocurría con mucha frecuencia) resultaba espantoso, y no era como para quedarse a solas con él.

¿Cuándo me miró por vez primera esa horrenda máscara? ¿Quién se la puso, y por qué me asusté yo tanto, que el día en que la vi cuenta como una fecha memorable en mi vida? En sí misma no resulta tan repugnante; ¿fue fabricada incluso con el propósito de que hiciese tan insoportables sus estúpidas facciones? Con seguridad que no fue por el hecho de que ocultase las facciones de quien la tenía puesta. Con tapárselas con un delantal, el efecto habría sido el mismo, y, aunque yo prefiriese verlo sin el delantal, no me habría producido, de todos modos, un efecto intolerable, como la máscara. ¿Sería quizá la inmovilidad de ésta? También la cara de la muñeca era rígida, y

no me asustaba de ella. ¿Sería acaso que el cambio que producía en una cara auténtica, al ponerla rígida e impasible, infundió a mi acelerado corazón alguna sugerencia lejana y algún temor del cambio universal a que se ven un día sometidas todas las caras, hasta quedar inmóviles? El hecho es que jamás pude reconciliarme con la máscara. Ni los tambores del regimiento, que al dar vuelta a una manivela dejaban oír un tamborileo melancólico; ni los soldados, con su banda muda de música, sacados de una caja y colocados uno a uno en un pequeño juego de pinzas extensibles; ni la anciana, hecha de alambres y de una pasta de papel moreno, que cortaba un pastel para dos niños pequeños; nada de eso consiguió en mucho tiempo tranquilizarme de una manera definitiva. Ni tampoco me satisfizo el que me mostrasen la máscara y me hiciesen ver que estaba hecha de papel, ni el que la guardasen bajo llave y me diesen la seguridad de que nadie se la pondría. El simple recuerdo de aquella cara rígida, el simple conocimiento de que existía en alguna parte, bastaba para que me despertase durante la noche, sudoroso y horrorizado, con un «¡Estoy seguro de que viene! ¡Oh esa máscara!».

Jamás, por el contrario, pregunté de qué estaba hecho el borriquito cargado con los serones. ¡Ahí está! Recuerdo que su piel parecía auténtica al tacto. Y tampoco me pregunté jamás qué era lo que había puesto de una manera tan rara al gran caballo negro de manchas rojas por toda la piel, un caballo en el que yo podía montarme; y jamás se me ocurrió dudar de que no fuesen corrientes los animales como aquél en Newmarket. Parece que los cuatro caballos de un color indeterminado que están junto al anterior, que se ponían de tiro al carro de quesos, y que podían desengancharse y estabular debajo del piano, tenían las colas de trocitos de piel de esclavinas y también las crines; no tienen ya patas, sino pequeñas estacas, aunque no se hallaban en tal estado cuando fueron traídos como regalo de Navidad a casa.

En aquel entonces estaban perfectamente; tampoco tenían, como ocurre ahora, los arneses clavados descuidadamente al pecho. Yo descubrí por mí mismo que el mecanismo tintineante del carro musical estaba hecho de alambre y de monda-dientes de pluma de ave, y siempre fui de opinión que el pequeño tentemozo que estaba en mangas de camisa, y que subía constantemente por un armazón de madera para caerse de cabeza por el lado opuesto, era un individuo que no estaba en sus cabales, aunque era buena persona; pero la gran maravilla y el enorme encanto lo constituía la escala de Jacob, que se encuentra al lado del anterior, y que está compuesta de pequeños trozos cuadrados de madera roja que subían entre sacudidas y traqueteos, uno por encima de otro, poniendo a la vista cada cual un cuadro distinto, y todo ello alegrado con un tintineo de campanillas.

¡Ah! ¡La casa de muñecas! Yo no era su propietario, pero sí visita en ella. Ni el edificio del Parlamento me inspiraba la mitad de admiración que aquella

casa de fachada de piedra, ventanas con cristales auténticos, escalinata de puerta y un verdadero balcón... de un color mucho más verde que los que veo ahora, salvo en las ciudades veraniegas (y aun en éstas sólo se trata de pobres imitaciones). Confieso que fue un golpe para mí, porque mataba la ficción de una escalera principal el que todo el frente de la casa se abriese de una pieza; pero, como en seguida volvía a cerrarse, aún me era posible seguir con mi ilusión. Aun cuando estaba el frente abierto, la casa tenía dentro tres cuartos diferentes: el de estar; el dormitorio, amueblado con lujo, y el mejor de todos, la cocina, con unos útiles para el fuego de una blandura extraordinaria, y un abundantísimo surtido de utensilios diminutos... ¡Oh aquella sartén que estaba puesta al fuego!... Y la silueta en hojalata de un cocinero que estaba siempre preparándose para freír dos peces. ¡Qué justicia ilusoria tengo hecha a los nobles festines en los que figuraba el juego de fuentes de madera, cada una con su golosina especial, tales como jamón o pavo, pegados fuertemente con cola a la fuente, y guarnecidos con una cosa verde, que a mí se me ha antojado siempre que era moho! Ni todas las actuales sociedades de templanza reunidas serían capaces de servirme un té como el que yo he bebido en aquel pequeño juego de porcelana azul que hay más allá, y que contenía líquido auténtico (recuerdo que se vertía del barrilito de madera, que sabía a cerillas y que hacía del té un verdadero néctar). Y ¿qué más daba que las dos manos de las inocuas y diminutas pinzas del azúcar se aplastasen una contra otra, y no hubiese en qué emplearlas, como le ocurría a Punch con sus manos? Y si en una ocasión empecé a chillar a la manera de un niño envenenado y sumí a la elegante concurrencia en plena consternación, por haberme bebido una cucharadita de aquel líquido, disuelto inadvertidamente en té demasiado caliente, nada malo me pasó, fuera de los polvos purgantes que tuve que tomar.

¡Qué apretadamente empiezan a colgar los libros en las ramas próximas a un nivel más bajo, junto al verde cilindro apisonador y las demás herramientas de jardín en miniatura! Los libros son al principio de poco grosor, pero muy abundantes, y tienen tapas deliciosamente suaves de un rojo o un verde brillantes. ¡Qué letras negras más gruesas en los comienzos! La letra A era un arquero, que disparaba contra una rama. Eso era; y también un abejorro. ¡Ahí está! Muchísimas cosas era esa A, y eso mismo les ocurría a casi todas sus amigas, con excepción de la X, que tenía tan poca versatilidad, que jamás la vi pasar de xilofón o xilomancia; y la Y, reducida siempre a yata o a yola; y la Z, condenada por siempre jamás a ser zafiro y zagal. ¡Mas he aquí que el árbol se transmuta en este instante, convirtiéndose en el tallo de habichuela por el que Juanito trepó a la casa del gigante! Y ¡surgen en seguida los terriblemente interesantes gigantones de dos cabezas, llevando al hombro sus mazas, y empieza una multitud de ellos a caminar a grandes zancadas por entre la maleza, arrastrando por los cabellos a señores y damas, a los que llevan a sus

casas para comérselos! Y ¡qué noble se aparece Juanito, con su espada cortante y sus pies voladores! Ahora que lo miro, surgen de nuevo ante mí las meditaciones de entonces, y me pregunto si hubo acaso más de un Juanito (cosa que se me hace dura de creer), o si fue tan sólo uno, el auténtico y original Juanito, el que llevó a cabo todas las hazañas que se cuentan.

Muy a propósito resulta para Navidad el color encarnado de la capa en que la pequeña Caperucita Roja (el árbol es por sí solo un bosque por el que ella puede caminar con su cesta) viene a contarme en esta Nochebuena la crueldad y la traición del lobo disfrazado que se comió a su abuela, sin calmar con ello su apetito, y que luego se la comió a ella, después de hacer aquel chiste feroz acerca de sus dientes. Caperucita Roja fue mi primer amor. Tenía la convicción de que, si hubiese podido casarme con ella, habría conocido la felicidad perfecta. Pero eso no había de ocurrir, lo único que se podía hacer era acechar al lobo en el Arca de Noé y ponerlo entre los últimos del cortejo encima de la mesa, como a un monstruo al que era preciso degradar. ¡Oh la maravillosa Arca de Noé! Cuando la colocaron en un barreño no pareció capaz de navegar; por consiguiente, los animales estaban amontonados encima del tejado, y, para poder meterlos en el Arca, hubo que achicarles las patas, y una vez encerrados, empezaron a caer fuera, porque la puerta se hallaba cerrada de un modo imperfecto con un simple pasador de alambre... Pero ¿qué inconveniente era ése? ¡Había que ver a la noble mosca, una o dos veces más pequeña que el elefante, y a la mariquita de San Juan, y a la mariposa, todas ellas verdaderas obras maestras! ¡Había que ver al ganso, que tenía los pies tan pequeños y guardaba tan mal el equilibrio, que a cada paso se caía hacia adelante, derribando a todos los animales de la creación! ¡Había que ver a Noé y a su familia, que parecían absurdos tarugos de tabaco, y al leopardo quedarse pegado a los deditos calientes, y las colas de los animales mayores que se iban convirtiendo gradualmente en raídas fibras de cordelillo!

¡Chis! Aquí tenemos otra vez un bosque, y alguien encima de un árbol... No es Caperucita Roja, ni Valentina, ni el Enano Amarillo (por cierto que no había hecho mención de él ni de todas las maravillas de la Tía Chichones); es un rey oriental con turbante y cimitarra que relampaguea. ¡Por Alá! Son dos los reyes orientales, pues estoy viendo otro que mira por encima de su hombro. Sobre la hierba, al pie del árbol, duerme tumbado en el suelo cuan largo es, un gigante negro como el carbón, y su cabeza descansa en el regazo de una dama; junto a ellos se ve una caja de cristal, cerrada con cuatro candados de acero brillante; dentro de ella encierra el gigante a la dama cuando está despierto. En este instante veo en el cinto del gigante las cuatro llaves. La dama llama por señas a los dos reyes que están en el árbol, y éstos bajan silenciosamente. Es una escena de las bellas Mil y una noches.

Pero he aquí que las cosas más corrientes se convierten para mí en

extraordinarias y encantadas. Todas las lámparas son maravillosas; todos los anillos son talismanes. Los tiestos vulgares de flores están llenos de oro recubierto con una ligera capa de tierra; los árboles están hechos para que Alí Babá se esconda en ellos; los bisteques no tienen otra finalidad que la de tirarlos al Valle de los Diamantes para que las piedras preciosas se peguen a ellos y luego las águilas se los lleven a sus nidos, de los que los mercaderes las ahuyentarán a gritos. Las tartas están hechas de acuerdo con la receta del visir de Basora, que se hizo pastelero después que lo dejaron sin más que sus calzones a las puertas de Damasco; los zapateros son todos Mustafás, y saben volver a coser a las personas descuartizadas cuando se los lleva hasta ellas con los ojos vendados.

Un aro de hierro, remachado en una piedra, es la entrada a una caverna que sólo espera la llegada del mago, de la pequeña hoguera y de las ceremonias nigrománticas que han de hacer que la tierra se estremezca. Todos los dátiles importados proceden del mismísimo árbol que aquel otro dátil mal-aventurado con cuyo carozo le sacó el mercader un ojo al hijo del genio invisible. Todas las aceitunas provienen de la cosecha aquella que dio ocasión a que el Comendador de los Creyentes escuchase sin ser visto la manera que tuvo el muchacho de hacer la simulación del juicio contra el fraudulento mercader de aceitunas; todas las manzanas están emparentadas con la que le compraron al hortelano del sultán por tres cequíes (junto con dos más), y que el grandullón esclavo negro robó luego al niño. Todos los perros guardan relación con aquel que era un hombre convertido en perro, y que saltó al mostrador del panadero y puso la pata encima de la moneda falsa. Todo el arroz me recuerda al que aquella horrible mujer-vampiro tenía que picotear grano a grano en castigo de los festines nocturnos que se daba en los cementerios. Mi mismo caballo-balancín (¡ahí está, con las ventanas de la nariz vueltas completamente hacia afuera, rasgo éste de pura raza!) debería tener una clavija en el cuello que le permitiese salir volando conmigo, igual que el caballo de madera que salió volando con el príncipe de Persia, a la vista de toda la corte de su padre.

Sí; todos los objetos que distingo en las ramas altas de mi árbol de Navidad están envueltos en esa luminosidad de lo maravilloso. Cuando, al rayar el alba, en las mañanas oscuras y frías de invierno, abro los ojos en mi cama y vislumbro confusamente en el exterior, a través de los cristales helados de mi ventana, la blanca nieve, oigo decir a Dinazarda:

—Hermana, hermana, si aún estás despierta, te ruego que des fin a la historia del joven rey de las Islas Negras.

Y a Scherezada, que contesta:

—Si mi señor el sultán me otorga otro día de vida, no solamente daré fin a esa historia, sino que os contaré otra.

Entonces el sultán, generoso, se retira sin dar la orden de que sea ejecutada, y los tres volvemos a respirar.

A estas alturas de mi árbol empiezo a ver una prodigiosa pesadilla acechando entre las hojas (quizá la produzcan el pavo, o el budín, a la empanada de carne, o todas estas fantasías, revueltas con Robinsón Crusoe en su isla desierta, y con Felipe Quarll entre los monos, y Sandford y Merton con el señor Barlow, y la Tía Chichones, y la máscara..., o quizá sea producto de una indigestión, ayudada por la fantasía y por el exceso de medicinas tomadas). Es una pesadilla tan extraordinariamente confusa, que no sé por qué me resulta aterradora...; pero me aterra. Lo único que consigo poner en claro es que se trata de un inmenso despliegue de cosas informes que parecen estar tías sobre una inmensa exageración de aquellas tenazas extensibles que servían para sostener a los soldaditos de juguete; se acercan lentamente hasta metérsele por los ojos, y después retroceden hasta situarse a una distancia inconmensurable. Cuando más sufro es cuando se acercan. Yo encuentro relación a esa pesadilla con el recuerdo de noches increíblemente largas; noches en las que fui enviado a la cama en castigo de alguna falta pequeña y en las que me desperté a las dos horas, con la sensación de haber estado dormido dos noches enteras, permaneciendo luego con la abrumadora desesperanza de que no llegaría jamás el alba, y bajo la opresión del peso del remordimiento.

Veo ahora una hilera maravillosa de lucecitas que surgen suavemente del suelo, delante de una inmensa cortina verde. Suena una campanilla, una campanilla mágica, que aún tintinea en mis oídos con timbre que no tiene ninguna otra campana, y se oye música, acompañada del murmullo de voces y del aroma fragante de cáscara de naranja y de aceite. De pronto, la campanita mágica da la orden de que cese la música, y la inmensa cortina sube majestuosa; empieza la obra. El leal perro de Montargis venga la muerte de su amo, asesinado villanamente en el bosque de Bondy, y el gracioso campesino de roja nariz y sombrero minúsculo, al que yo estrecho de allí en adelante contra mi pecho como al mejor de mis amigos (creo que era camarero u hostelero de un mesón de aldea, pero han pasado ya muchos años desde que él y yo nos conocimos), me hace notar que la sagacidad del perro es de veras extraordinaria; este pensamiento festivo vivirá fresco y lozano en mi memoria hasta el fin de los tiempos, sobreponiéndose a todos los chistes posibles. Luego derramo lágrimas amargas al enterarme de que la pobre Juana Shore, toda vestida de blanco y con su oscura cabellera suelta, vaga hambrienta por las calles; de que Jorge Barnwell ha matado al más digno de los tíos que han existido, y que sintió después tan profundo arrepentimiento, que yo creo que debería habérsela absuelto. Acude rápida a consolarme la Pantomima, ¡fenómeno estupendo!, y en ella los payasos son disparados por morteros hasta la gran araña, que parece una brillante constelación de luces, y en ella



Arlequín, luciendo por todas partes escamas de oro puro, se retuerce y centellea igual que un pez de maravilla; y Pantalón (al que yo comparo con mi abuelo, sin ver en ello irreverencia) se mete en los bolsillos hierros al rojo y grita: «¡Alguien llega!», o acusa al payaso de pequeñas raterías, diciéndole: «¡Que te he vistado!». La Pantomima, en la que es posible todo con la mayor facilidad y en la que todo puede transformarse en cualquier cosa, en la que «no existe nada, pero basta pensarlo para que exista».

Percibo también ahora la primera experiencia que tuve de la triste sensación (que tantas veces había de volver a experimentar más adelante) de que al día siguiente no podría volver al aburrido mundo de la realidad; de que necesitaba vivir para siempre en la luminosa atmósfera que acababa de dejar; de anhelar locamente al hada pequeña de la varita mágica, y de suspirar por una inmortalidad de fantasía junto a ella. ¡Cómo vuelve el hada tomando mil formas, cuando mis ojos recorren las ramas de mi árbol de Navidad, y cómo se aleja otras tantas veces, sin que jamás hasta ahora haya permanecido junto a mí!

Cuando estoy en medio de este encanto surge el teatro de juguete... ¡Ahí está, con su proscenio familiar y las damas ataviadas con plumas, en los palcos!... Con todas las tareas anejas a él, con el engrudo y la cola, la goma y las acuarelas para caracterizar al molinero y a sus hombres, a Isabel o al desterrado de Siberia. A pesar de algunos accidentes y fracasos ocurridos (particularmente en la tendencia del respetable Kelmar, y de algunos otros, a sentir una irrazonable debilidad en las piernas y a doblarse en los momentos más emocionantes del drama), se ve allí un mundo completo de fantasías tan sugeridoras y tan universales que, muy por debajo de ese teatro de mi árbol de Navidad, veo como negros y sucios los auténticos teatros a la luz del día, y mis recuerdos los adornan como con las más frescas guirnaldas de las flores más raras, y logran encantarme todavía.

¡Cuidado! ¡Se oyen las murgas de Nochebuena, y rompen mi sueño infantil! ¿Qué imágenes relacionadas con la música de Navidad despierta en mí lo que veo en el árbol de Navidad? Precediendo a todas las demás, conservándose aisladas de todas las demás, se agrupan en torno de mi caminata: un ángel que habla en el campo a un grupo de pastores; algunos viajeros que miran a lo alto y siguen a una estrella; un niño en un pesebre; un muchachito en un templo espacioso conversando con graves varones; una figura solemne, de rostro dulce y hermoso, que levanta de la mano a una joven muerta; la misma en las cercanías de la puerta de una ciudad, volviendo a la vida al hijo de una viuda, al que llevaban en un ataúd; una multitud de gentes que mira por la abertura del techo de una habitación donde él está sentado, y que descuelga desde arriba, sirviéndose de cuerdas, a un enfermo dentro de una cama; la misma, paseando sobre las aguas en dirección a una barca en

medio de una tempestad, y de nuevo, en una playa, enseñando a una gran muchedumbre; la misma, con un niño sobre sus rodillas y otros varios a su alrededor; la misma, devolviendo la vista a los ciegos, el habla a los mudos, el oído a los sordos, la salud a los enfermos, la inteligencia a los ignorantes; la misma, muriendo en una cruz, ante los ojos de soldados con armas, mientras avanzan espesas tinieblas, la tierra empieza a temblar y sólo se oye una voz: «Perdónalos, porque no saben lo que se hacen».

En las ramas más bajas y viejas del árbol se agrupan apretadamente los recuerdos navideños. Libros escolares cerrados; Ovidio y Virgilio, callados; la regla de tres, con sus frías e impertinentes averiguaciones, despedida para largo; Terencio y Plauto, abandonados en un anfiteatro de pupitres y de bancos, astillados, con cortes y con manchas de tinta; los mazos del críquet; los poetas y las bolas quedan más arriba, envueltos en el olor a hierba pisada y el ruido apagado de los gritos en el aire del atardecer; el árbol está todavía lozano, todavía alegre. Si no vuelvo ya a casa por Navidades, no faltan, gracias al cielo y mientras exista el mundo, muchachos y muchachas. ¡Cómo van a faltar! ¡Helos más allá que bailan y juegan sobre las ramas de mi árbol, benditos sean! ¡Juegan y bailan alegremente, y mi corazón juega y baila con ellos!

Pero yo voy a casa por Navidad. Vamos todos nosotros, o, por lo menos, deberíamos ir. Todos vamos a casa, o deberíamos ir a casa a pasar unas cortas vacaciones (cuanto más largas, mejor), abandonando el gran internado escolar, en el que nos pasamos la vida haciendo números en nuestras pizarras; con ello descansamos y damos descanso. En cuanto a ir de visitas, ¿adónde no iremos, si queremos ir? ¿Adónde no habremos ido, si quiéramos, dando alas a nuestra fantasía y partiendo de nuestro árbol de Navidad?

Salgamos al panorama de invierno ¡Cuántos de esta clase hay en el árbol! Avancemos por terrenos bajos y brumosos, por entre pantanos y nieblas, cuesta arriba, por altas colinas, zigzagueando, negros como cavernas, por entre la tupida vegetación que casi nos quita la vista de las estrellas centelleantes; sigamos hasta las anchas alturas, para detenernos, por fin, en medio de un súbito silencio, en una avenida. La campanada del portal suena con vibración profunda y casi temerosa en el aire helado; la puerta gira sobre sus goznes y se abre; mientras nosotros avanzamos hacia una gran casa, las luces que resplandecen en las ventanas se hacen mayores y las hileras de árboles que hay a ambos lados parecen hacerse hacia atrás solamente para dejarnos paso. Durante todo el día, y de tiempo en tiempo, una liebre asustada pasa como una flecha por el césped blanco; y cuando no, el lejano pataleo de una manada de ciervos que pisotean el hielo, aplasta al mismo tiempo el silencio durante unos momentos. Sus ojos vigilantes acechan por debajo de los helechos, y si pudiésemos distinguirlos veríamos que brillan ahora como gotas heladas de

rocío encima de las hojas; pero permanecen inmóviles, y todo está inmóvil. Por fin, mientras las luces se agigantan, los árboles se retiran para dejarnos paso, y vuelven a cerrarse a espaldas nuestras como para cortarnos la retirada, llegamos a la casa.

Quizá haya en el aire olor de castañas asadas y de otras cosas buenas y apetitosas; estamos contando historias de invierno (historias de fantasmas, para mayor vergüenza nuestra) alrededor de la hoguera de Navidad, y jamás nos movemos, como no sea para acercarnos un poco más a ella. Pero esto no tiene importancia. Llegamos a la casa, una vieja casona llena de grandes chimeneas en las que arden la madera colocada encima de trébedes dentro del hogar; los retratos adustos (algunos de ellos con leyendas adustas también) nos miran recelosos desde el artesonado de roble de las paredes. Somos un noble de edad mediana, celebramos una espléndida cena con nuestro huésped, la señora de la casa y sus invitados... (porque como son Navidades, la vieja casona rebosa concurrencia), y después nos retiramos a dormir. Nuestra habitación es muy antigua, está recubierta de tapices. No nos agrada el retrato de aquel caballero vestido de verde que hay encima de la chimenea. El techo está cruzado por grandes vigas negras, la cama es un gran artefacto negro sostenido en la parte de los pies por dos grandes figuras negras que parecen salidas de un par de tumbas de la vieja iglesia de la baronía que se levanta en el parque, y que han venido aquí para servirnos. Pero, como no somos un noble supersticioso no nos preocupamos. Bien; despedimos al criado, cerramos la puerta, nos ponemos la bata y nos sentamos frente a la chimenea, meditando en muchísimas cosas. Por último, nos acostamos. Pero no podemos dormir. Nos revolvemos en la cama, sin poder conciliar el sueño. Las brasas del hogar arden caprichosas y dan a la habitación un aire fantasmal.

Sin poderlo evitar, miramos cautelosamente por encima del cobertor a las dos figuras negras y al caballero de verde..., al caballero de mirada maligna. A la luz ondulante, dan la impresión de avanzar y de retroceder; aunque no seamos en modo alguno un noble supersticioso, la cosa no resulta agradable. Estamos poniéndonos nerviosos..., cada vez más nerviosos. Nos decimos: «Es una cosa tonta; pero nos resulta insoportable; simulemos que nos sentimos mal, y llamamos a alguien». Ya estamos a punto de hacerlo; pero en ese instante se abre la puerta y entra en la habitación una mujer joven, con palidez de muerta y larga cabellera rubia; avanza sin ruido hasta el fuego y se sienta en el sillón que hemos dejado allí, retorciéndose las manos. Vemos entonces que sus ropas se hallan empapadas de agua. Se nos pega la lengua al cielo del paladar y no podemos articular palabra; pero la miramos con gran atención. Sus ropas están empapadas de agua; su larga cabellera está salpicada de barro húmedo; viste a la moda de hace doscientos años, y le cuelga del cinturón un manojito de llaves herrumbrosas. Ya está sentada, y nosotros ni siquiera podemos desmayarnos, de turbados que estamos haciéndonos cábalas. Más

tarde, la mujer se levanta, intenta meter sus roñosas llaves en las cerraduras de la habitación; pero ninguna de ellas ajusta; después clava su mirada en el retrato del caballero vestido de verde y dice con voz baja y terrible: «Los venados lo saben».

Después de esto vuelve a retorcerse las manos, cruza por delante de la cama y sale por la puerta. Nos ponemos precipitadamente el batín, echamos mano a nuestras pistolas (porque siempre caminamos con ellas), y vamos a seguirla; pero nos encontramos con que la puerta está cerrada. Hacemos girar la llave y miramos por el oscuro pasillo; allí no hay nadie. Caminamos de un lado a otro y procuramos encontrar algún criado. No lo conseguimos. Paseamos de un lado al otro por el pasillo hasta que alborea; entonces regresamos a nuestra solitaria habitación, caemos dormidos, hasta que nos despiertan nuestro criado y el sol radiante.

Nos desayunamos apesadumbrados, y todos los concurrentes nos dicen que tenemos un aspecto extraño. Después del desayuno recorremos la casa con nuestro huésped, lo llevamos ante el retrato del caballero vestido de verde, y entonces se aclara todo. Este caballero faltó a la palabra que había dado a una joven ama de llaves que tuvo en remotas épocas la familia; era famosa por su belleza, se ahogó tirándose a un estanque, y su cuerpo fue descubierto mucho después, porque los venados se negaban a beber el agua aquella. Desde entonces se susurra que suele cruzar la casa a la medianoche (pero que de preferencia se dirige al cuarto en que dormía el caballero vestido de verde), probando las llaves roñosas en las viejas cerraduras. Le contamos a nuestro huésped lo que hemos visto, y entonces su rostro se oscurece con una sombra, y nos suplica que no digamos una palabra; así lo hacemos. Pero todo ello es verdad; y lo dijimos antes de morir (porque ahora estamos muertos) a muchas personas responsables. Hay un sinfín de viejas casonas con galerías en que resuenan los pasos, y dormitorios de gala de aire tristísimo, con alas de edificio que han permanecido cerradas durante muchos años porque las visitan fantasmas, y por las que nosotros podemos deambular, sintiendo que nos corre por la espalda un agradable cosquilleo, porque podemos encontrar en ellas todos los fantasmas que queramos aunque (cosa quizá digna de observación) pueden reducirse a unos pocos tipos y clases; porque los fantasmas tienen poca originalidad y no se salen de los caminos trillados. Ocurre por eso que un determinado cuarto de un determinado viejo palacio, en el que un determinado y malvado lord, baronet, caballero o hidalgo se suicidó, disparándose un tiro, ostenta ciertas tablas del entarimado con manchas de sangre que no se borran jamás. Por mucho que raspéis, como lo ha hecho el actual propietario; o paséis el cepillo, como lo hizo su padre; o freguéis, como lo hizo su abuelo; o queméis la madera con ácidos fuertes, como lo hizo su bisabuelo, la sangre queda siempre, ni más roja ni más pálida, ni más abundante ni más escasa, siempre exactamente igual. En otra casa, en cambio, hay una puerta embrujada

que no se cierra jamás, o que no se abre jamás; o se escucha un sonido fantasmal de un torno de hilar, o de un martillo, o de unos pasos, o un grito, o un suspiro, o el pataleo de un caballo, o el arrastrar de una cadena. Y cuando no, hay un reloj de torrecilla que da a las doce de la noche trece campanadas cuando el cabeza de familia está a punto de morir; o la negra sombra de un coche inmóvil que está esperando junto a la gran puerta de las cocheras, y que siempre es visto por alguna persona.

En ocasiones ocurren casos como el de lady María, que fue a hacer una visita a una gran casona situada en un lugar muy retirado de las montañas de Escocia; fatigada de su largo viaje, se retiró temprano a descansar, y a la mañana siguiente, estando desayunándose en la mesa, exclamó con inocencia:

—¡Qué cosa más extraña! No haberme dicho antes que me acostase que iba a celebrarse la noche pasada y en este lugar tan apartado una reunión hasta altas horas de la noche.

Al oír esto, preguntaron todos a lady María qué quería decir con aquello, y lady María contestó:

—¿Qué voy a querer decir, sino que durante toda la noche han estado pasando y pasando coches por la terraza debajo de mi ventana?

El propietario de la casona palideció al oírlo, y lo mismo le ocurrió a su señora. Carlos Macdoodle de Macdoodle hizo señas a lady María para que se callase y todo el mundo permaneció en silencio. Acabado el desayuno, Carlos Macdoodle explicó a lady María que, según una tradición de familia, aquel estrépito de carruajes en la terraza anunciaba muerte. Así fue, porque la señora de la mansión falleció dos meses después. Lady María, que era dama de honor en la Corte, contó muchas veces esta historia a la anciana reina Carlota. A propósito de este presagio, el anciano rey dijo:

—¿Cómo es eso, cómo es eso? ¿Fantasmas, fantasmas? ¡No hay tal cosa, no hay tal cosa!

Y no cesó de repetirlo hasta que se retiró a acostarse.

Otras veces ocurre esto: un amigo de alguien al que conocemos la mayor parte de nosotros tuvo, cuando era muy joven y estaba en el colegio, un amigo íntimo con el que hizo el pacto de que, si era posible a un espíritu regresar a este mundo después de separarse del cuerpo, el primero de los dos que falleciese se aparecería al otro. Corrió el tiempo, y este pacto fue olvidado por nuestro amigo; los dos jóvenes se hicieron mayores y siguieron caminos divergentes que los apartaron al uno del otro. Pero muchos años después, encontrándose nuestro amigo en el norte de Inglaterra, y pasando la noche en un mesón de los páramos de Yorkshire, miró casualmente fuera de las cortinas de la cama, ¡y vio allí iluminado por la luna, apoyándose en un escritorio que

había cerca de la ventana, mirándole con fijeza, a su viejo amigo del colegio! La aparición contestó a las solemnes preguntas que se le hicieron con una especie de susurro, pero perfectamente inteligible:

—No te acerques a mí. Estoy muerto. Me ves aquí porque he venido a cumplir mi promesa. Llego del otro mundo, pero no me está permitido revelar sus secretos.

Dicho esto, toda la figura fue palideciendo y se difuminó en la luz de la luna, desapareciendo.

Otras es la hija del primer habitante del pintoresco palacio de estilo isabelino, tan célebre en nuestra población. ¿No habéis oído hablar de él? ¡Que no! Pues bien: era una bellísima joven de sólo diecisiete años de edad, y una tarde de verano salió a recoger flores en el jardín; poco después volvía corriendo aterrorizada y entraba en el vestíbulo gritando:

—¡Oh padre! ¡Me he encontrado a mí misma!

El padre la tomó en sus brazos y le dijo que aquello eran imaginaciones; pero ella le contestó:

—¡Oh, no! Me vi a mí misma en el paseo ancho; estaba pálida y recogía flores mustias. Volví la cabeza y las enseñé, levantándolas en alto.

Aquella misma noche murió la joven.

Empezó a pintarse un cuadro en que se representaba aquel suceso, pero nunca se terminó, y dicen que aún hoy está en alguna parte de la casa, vuelto de cara a la pared.

Otras es lo que le ocurrió al tío de la mujer de mi hermano, al regresar a caballo hacia su casa un atardecer benigno, a la hora del ocaso; cuando pasaba por entre dos verdes setos, ya próximo a su propia casa, vio que se alzaba ante él un hombre en el centro mismo del estrecho camino, y pensó: «¿Qué hace aquí ese hombre de la capa? ¿Querrá que lo atropelle?». Pero la figura no se movió un punto. El jinete experimentó una sensación extraña al verlo tan inmóvil, pero acortó el trote y avanzó. Cuando ya estaba tan cerca que casi podía tocarlo con los estribos, el caballo se asustó, la aparición se deslizó por el ribazo, de una manera extraña e irreal (caminando hacia atrás sin parecer que movía los pies), y desapareció. El tío de la mujer de mi hermano exclamó: «¡Santo Dios! ¡Es mi primo Enrique, el que está en Bombay!». Picó espuelas a su caballo, éste rompió de pronto a sudar copiosamente, y, asombrado el jinete de tales cosas, se desvió como una flecha y fue a desmontar delante de su casa. Al llegar allí vio a la misma aparición en el momento en que se metía por la gran ventana francesa del salón, que daba al nivel del suelo. Alargó las bridas a un criado y corrió tras ella. Se encontró a su hermana, que estaba allí sentada

y sola.

—Alicia, ¿dónde se encuentra mi primo Enrique?

—¿Tu primo Enrique, Juanito?

—Sí, el de Bombay. Me lo encontré hace un momento en el sendero, y en este mismo instante lo he visto que entraba aquí.

Nadie había visto a nadie. Pues bien: según se supo después, el primo había fallecido en la India a aquella misma hora y en el mismo minuto.

Y, si no, he aquí el caso de una inteligente dama solterona, que falleció a los noventa y nueve años, conservando sus facultades hasta el último instante. Ella había visto con sus propios ojos al huerfanito. Ésta es una historia que ha sido contada en muchas ocasiones de una manera incorrecta; la verdad auténtica es esta que voy a contar, porque se trata en realidad de una historia que pertenece a nuestra familia, porque aquella señorita se hallaba emparentada con nosotros. Teniendo unos cuarenta años, y cuando era todavía una mujer de extraordinaria belleza (su novio murió joven, y ésta es la razón de que ella no se casase nunca, a pesar de haber tenido muchos ofrecimientos), marchó a residir en un lugar de Kent; su hermano, que comerciaba con la India, acababa de comprar la casa. Se contaba que ésta había sido en tiempos administrada por el tutor de un chico joven; el tutor era su próximo heredero; y mató al chico a fuerza de malos y crueles tratos. La señorita de que hablo ignoraba todo esto. Se ha contado que en el dormitorio suyo había una jaula en la que el tutor acostumbraba meter al muchacho. Eso es falso. Lo único que había era una alcoba. La señorita solterona se acostó; durante la noche no dio la alarma; pero por la mañana, cuando su doncella entró en el cuarto, le preguntó con mucha tranquilidad:

—¿Quién es ese muchacho tan lindo, pero triste, que ha estado mirando toda la noche desde esa alcoba?

La doncella contestó lanzando un grito y escapó de allí en seguida.

La solterona quedó sorprendida; pero era mujer de notable firmeza de carácter. Se vistió, bajó a la primera planta de la casa y se confió a su hermano, diciéndole:

—Escucha, Gualterio: toda la noche me ha estado molestando un muchachito lindo, pero de cara triste, que estuvo curioseando constantemente desde la alcoba que da a mi cuarto, y que no he podido abrir. Esto es alguna jugarreta tuya.

—Me temo que no, Carlota —le contestó el hermano—. Ésa es la leyenda de la casa. Se trata del huerfanito. Y ¿qué es lo que hizo?

—Abrió con suavidad la puerta y curioseó desde allí. A veces daba uno o

dos pasos dentro de mi cuarto. Yo le llamé para darle ánimos; pero él se encogió, tembló, volvió a meterse en la alcoba y cerró la puerta.

—La alcoba no comunica con ningún otro cuarto, Carlota, ni con ninguna otra parte de la casa, y la puerta está clavada.

Ésta era una verdad indiscutible, y fueron necesarios dos carpinteros que trabajaron toda la mañana para abrirla y realizar un examen. La solterona se quedó convencida de que había visto al huerfanito. Pero la parte terrible e insensata de la historia es que también lo vieron tres de los hijos del hermano de la solterona, y los tres murieron jóvenes, uno tras otro. Siempre que un niño caía enfermo, era que doce horas antes había vuelto a casa todo sudoroso, diciendo:

—¡Oh mamá! He estado jugando debajo de aquel roble, en un prado, con un muchacho extraño; era lindo, pero de cara triste, muy asustadizo, y me hacía señas.

Por una experiencia fatal supieron los padres que aquél era el huerfanito, y que cuando elegía a un niño, como compañero suyo de juego, la muerte de éste era segura.

Son infinidad los castillos alemanes en que nos sentamos solitarios a la espera del fantasma; en los que nos llevan a un cuarto, que han alegrado relativamente para nuestra recepción: miramos en torno nuestro las sombras que la hoguera crepitante proyecta sobre las paredes desnudas; nos sentimos muy solos cuando el mesonero de la aldea y su linda hija se retiran, después de haber dejado sobre el hogar un nuevo montón de leña y de colocar encima de la mesita una cena de capón asado frío, pan, uvas y una botella de añejo vino del Rin; las puertas que reverberan la luz se cierran cuando ellos se retiran, una tras otra, con otros tantos golpes lejanos de trueno, y cuando llegan las primeras horas de la mañana entramos en conocimiento de una variedad de misterios sobrenaturales. Son muchísimos los estudiantes alemanes convertidos en fantasmas, en cuya compañía nos arrimamos aún más al fuego, mientras el escolar que está en el rincón abre unos ojos anchísimos que parece que se le van a salir de las órbitas y escapa como alma que lleva el diablo del taburete en que estaba sentado, cuando la puerta se abre súbitamente sin intervención de nadie. La cosecha de esa clase de frutos que brilla sobre nuestro Árbol de Navidad es inmensa; se halla en pleno verdor allá en lo alto; en las ramas más bajas está ya madurando.

Entre los más recientes juguetes y fantasías que allí cuelgan (tan inútiles muchas veces y menos puras) se encuentran ciertas imágenes que estuvieron asociadas con las dulces murgas de Navidad de otros tiempos, con aquella música nocturna y suave y siempre la misma. ¡Que la bondadosa figura de mi juventud permanezca inmutable dentro del círculo de los pensamientos que



surgen de las reuniones de Navidad! ¡Ojalá que en todas y cada una de las alegres imágenes y sugerencias que nos trae la estación, la estrella brillante que descansó encima del pobre tejado sea la estrella de todo el mundo cristiano! ¡Espera un momento, oh árbol fugaz, cuyas ramas más bajas permanecen todavía oscuras para mí, y deja que te contemple una vez más! Sé que hay en tus ramas espacios en blanco; en ellas han brillado y sonreído ojos que yo amaba, pero que ya se fueron. Pero muy arriba contemplo al que levantó con vida a la muchacha muerta y al hijo de la viuda.

¡Y Dios es bueno! Si acaso en la parte invisible de tus ramas más bajas se oculta para mí la vejez, ¡pueda yo, al menos, cuando mi cabeza empiece a blanquear, volverme a mirar este árbol con corazón de niño, impregnado de fe y de confianza infantiles!

Pero hoy el árbol está adornado con luminosa alegría, cantos, bailes, y bullicio. ¡Bien venidos sean! ¡Que se conserven siempre inocentes y sean los bien venidos bajo las ramas del Árbol de Navidad, que nunca proyecta sombras tenebrosas! Pero, en el momento de hundirse dentro de la tierra, oigo un susurro que vibra por todas sus hojas: «Todo esto, en conmemoración del mandamiento de amor, cariño, bondad y compasión. ¡Todo esto, en memoria de Mí!».

## **LO QUE ES LA NAVIDAD A MEDIDA QUE AVANZAMOS EN AÑOS**

### **What Christmas is, as We Grow Older, 1851**

Hubo un tiempo en que muchos de nosotros no echábamos de menos ni buscábamos nada fuera de la Navidad, porque ésta encerraba, como dentro de un círculo mágico, todo nuestro mundo limitado; porque ella reunía dentro de sí todos nuestros gozos, afectos y esperanzas hogareños; porque agrupaba a todo y a todos en torno del fuego navideño, y porque no dejaba nada fuera del pequeño cuadro luminoso que brillaba ante nuestros ojos juveniles.

Hubo un tiempo, que llegó quizá demasiado pronto, en que nuestros pensamientos saltaron por encima de tan estrechos límites; un tiempo en el que, para que nuestra felicidad fuese completa, faltaba alguien (alguien a quien entonces nos parecía tener muy cerca del corazón, alguien que era todo hermosura y perfección absoluta); un tiempo en que también nosotros creímos estar de menos cerca del hogar junto al cual ese alguien querido se hallaba sentado (nosotros al menos lo pensábamos así, y para el caso es lo mismo); un tiempo en el que nosotros, entrelazábamos el nombre de ese alguien con todas las guirnaldas y coronas de nuestra vida.

Ése fue el tiempo propicio para las brillantes Navidades visionarias que durante mucho tiempo han surgido de nosotros para mostrarse débilmente, después de un chaparrón veraniego, en los bordes más pálidos del arco iris. Ése fue el tiempo propicio para el beatífico goce de cosas destinadas a ser, pero que nunca fueron, aunque para nuestras decididas esperanzas fuesen tan reales, que resulta difícil decir ahora si entre las cosas que han llegado posteriormente a ser realidad ha habido alguna que haya tenido mayor fuerza.

¡Cómo! ¿Es que no llegó realmente nunca aquella Navidad en que nosotros y aquella perla inapreciable de nuestra juvenil elección fuimos recibidos, después de consumado el más feliz de los matrimonios imposibles, por las dos familias, ya reunidas, que antes habían estado a matarse por causa nuestra? ¿La Navidad en que nuestros cuñados y cuñadas, que antes que emparentásemos nos habían tratado siempre con gran frialdad, nos demostraron un cariño loco, y en la que los papás y las mamás nos abrumaron con ingresos ilimitados? ¿No tuvo lugar jamás aquella comida navideña, terminada la cual nos pusimos en pie, y tributamos un elocuente y generoso tributo al que fue nuestro rival, y que se hallaba allí presente, ofreciéndonos en el acto mutuamente amistad y olvido, y trabando una amistad que duró hasta la muerte, como no se encuentra otra superior a ella en las historias de Roma y de Grecia? ¿Y es cierto que ese mismo rival hace ya tiempo que no se preocupa en absoluto de aquella perla inapreciable, y que ésta se casó por dinero y se ha convertido en usuraria? Y por encima de todo, ¿es cierto que ahora estamos muy seguros de que si hubiésemos ganado y gastado aquella perla habríamos sido probablemente muy desgraciados, y que nos encontramos mucho mejor sin ella?

La Navidad aquella en que acabábamos de conquistar tanta celebridad; en la que nos llevaron en triunfo no sé dónde por haber realizado alguna hazaña grande y noble; y nuestro apellido se vio rodeado de tales honores y de tan alta reputación, y al llegar a nuestro hogar fuimos recibidos entre una lluvia de lágrimas de gozo... ¿Es posible que esa Navidad no haya llegado todavía?

¿Se halla, quizá, nuestra vida en la Tierra constituida de tal manera que, en el mejor de los casos, si nos detenemos en nuestra marcha junto a una piedra miliaria tan destacada en el camino como este grandioso cumpleaños, podemos volver nuestra vista hacia atrás y contemplar las cosas que nunca fueron, con la misma naturalidad y con la misma seriedad que aquellas otras que fueron y pasaron, o que fueron y siguen siendo? Si eso es así, y parece en efecto que lo es, ¿habremos de llegar a la conclusión de que la vida es poco más que un sueño y que no es digna de los amores y de los anhelos con que la llenamos?

¡No! ¡Muy lejos de nosotros, querido lector, en un día de Navidad, esa mal llamada filosofía! ¡Pongamos más cerca y más dentro de nuestros corazones el

espíritu navideño, que es el espíritu de la actividad útil, de la perseverancia, del cumplimiento alegre del deber, del cariño y de la tolerancia! En estas últimas virtudes sobre todo nos refuerza, o debería reforzarnos, la contemplación de visiones de nuestra juventud que no se han cumplido. ¿Quién se atreverá a decir que no son ellas nuestras maestras para que aprendamos a tratar con delicadeza hasta las naderías impalpables de la Tierra?

A medida, pues, que envejecemos, aumente también nuestro agradecimiento por el hecho de que el círculo de nuestros recuerdos navideños y de las lecciones que ellos nos traen se vaya ensanchando. Bien venidos sean todos ellos; llamémoslos para que ocupen sus lugares respectivos junto al hogar navideño.

¡Bien venidas vosotras, las que fuisteis viejas aspiraciones, creaciones deslumbrantes de una ardiente fantasía, al cobijo que tenéis bajo el acebo! Nosotros os conocemos, y todavía no os hemos sobrevivido. ¡Bien venidos, viejos proyectos y viejos amores, por volubles que fueseis, a los rincones que hay para vosotros entre las luces más firmes que arden a nuestro alrededor! ¿Acaso no construimos hoy en las nubes castillos navideños? ¡Sírvanos de testigos nuestros pensamientos, que revolotean como mariposas por entre estos niños que son otras tantas flores! Ante este niño se extiende la perspectiva de un porvenir más brillante que aquel que contemplamos nosotros en nuestros pasados y románticos tiempos, pero brillante de honradez y de lealtad. En torno de esta cabecita sobre la que se amontonan los rizos de oro, juegan las gracias, tan bellamente, tan airoosamente, como cuando no había al alcance de la mano el Tiempo una guadaña para segar los rizos de nuestro primer amor. En la cara de otra niña que hay al lado de la anterior —más sosegada, pero de brillante sonrisa—, una carita serena y satisfecha, vemos escrita con claridad la palabra hogar. Y vemos, cuando ya nuestras tumbas son viejas, a la luz que se desprende de esa palabra, igual que se desprenden los rayos luminosos de una estrella, cómo ya otras esperanzas, que no son las nuestras, viven lozanas; cómo otros corazones, que no son los nuestros, se conmueven; cómo se allanan otros caminos; cómo otras felicidades florecen, maduran y se agostan...; no, no se agostan, porque a su vez surgen, florecen y maduran, hasta el fin de los tiempos, otros hogares, y otras bandadas de chiquillos que habrán de pasar todavía muchas edades para cuando existan.

—¡Bien venido todo! ¡Bien venido de la misma manera lo que ha sido y lo que nunca fue, y lo que esperamos que pueda aún ser, al cobijo que le espera debajo del acebo, a los lugares que les corresponden alrededor de la hoguera navideña, donde los espera con el corazón abierto lo que ya es! ¿Es acaso aquella sombra que vemos proyectarse sobre el fuego la cara de un enemigo? ¡Por Navidad, que le perdonamos! Si la ofensa que nos hizo no hace

absolutamente imposible su compañía, que se acerque y ocupe su lugar. Si por desgracia eso es imposible, que se marche de aquí llevándose la seguridad de que jamás nosotros lo ofenderemos ni le acusaremos.

¡En un día como éste no cerramos las puertas a nada!

—Esperad —dice una voz por lo bajo—. ¿A nada? ¡Pensadlo!

—En el día de Navidad no cerramos el acceso a nuestro hogar a nada.

—¿Ni a la sombra de una inmensa ciudad en la que las hojas mustias forman espesa capa en el suelo? —replica la voz—. ¿Ni a la sombra que entenebrece todo el globo? ¿Ni a la sombra de la Ciudad de los Muertos?

Ni siquiera a ésa. Hoy precisamente, en el día de Navidad, volveremos nuestros rostros hacia esa ciudad, y sacaremos de entre sus huestes silenciosas a las personas que amamos, para que vengan entre nosotros. ¡Ciudad de los Muertos, por el bendito nombre que aquí nos tiene hoy reunidos, y por la imagen que se halla entre nosotros de acuerdo con su promesa, acogeremos a todos los que nos son queridos!

Sí. Somos capaces de mirar a esos niños-ángeles que se posan de una manera tan solemne y tan bella entre los niños vivos, junto al fuego, y de sobrellevar el pensamiento de cómo se fueron de nuestro lado. Los niños juguetones, lo mismo que los patriarcas que hospedaron sin saberlo a los ángeles, no tienen conciencia de tales invitados; pero nosotros los vemos..., vemos un brazo radiante rodeando el cuello preferido, como si quisiera invitar a ese niño a que lo siguiera. Hay una entre las figuras celestiales, la del que fue en la Tierra un pobre muchacho deforme, que ahora tiene una belleza incomparable; de él dijo su madre moribunda que le dolía mucho dejarlo aquí, solo, durante los muchos años que habrían de pasar antes que fuese con ella..., siendo como era tan niño. Pero la siguió rápidamente, y fue colocado sobre el pecho de la madre, y ella lo lleva de la mano.

Había un mozo gallardo, que murió lejos, muy lejos, sobre las arenas ardientes de un sol abrasador, y que dijo:

—Decidles en mi casa, al llevarles la expresión última de mi amor, cuánto me hubiera gustado darles un último beso, pero que muero contento y que cumplí con mi deber.

Otro había, sobre cuyo cadáver leyeron aquellas palabras: «Y por ello entregamos este cuerpo a las aguas profundas», confiándolo al Océano solitario, y siguiendo la navegación. Y otro, que se tumbó a descansar a la sombra lóbrega de los grandes bosques, sobre la tierra misma, y ya no despertó. ¿No han de ser traídos, pues, todos ellos al hogar, desde las arenas, el mar y los bosques, en un día como éste?

Una mocita querida hubo (casi ya una mujer..., pero que no llegaría a serlo) que transformó un hogar todo alegría en una Navidad dolorosa, siguiendo por su camino sin huellas hacia la Ciudad del Silencio. ¿No la recordamos acaso, ya desfalleciente, hablando entre susurros débiles e ininteligibles y cayendo de pura fatiga en el último sueño? ¡Miradla ahora! ¡Mirad su belleza, su serenidad, su juventud, su dicha! A la hija de Jairo la volvieron a la vida para que volviese a morir; pero esta otra, más feliz que aquélla, ha oído la misma voz que le decía:

—¡Levántate para siempre!

Teníamos un amigo, que lo era desde nuestros primeros días, y en compañía del cual nos representábamos los cambios que habrían de ocurrir en nuestras vidas, imaginándonos alegremente cómo hablaríamos, caminaríamos, pensaríamos y conversaríamos cuando llegásemos a ser mayores. La habitación que le estaba reservada en la Ciudad de los Muertos lo recibió en lo mejor de sus años. ¿Lo apartaremos a él de nuestros recuerdos navideños? ¿Acaso el amor que nos tenía nos habría excluido de esa manera? ¡Amigos que perdimos, hijos, padres, hermanas, hermanos, maridos, esposas no os apartaremos de ese modo! ¡Tendréis vuestros lugares queridos en nuestros corazones navideños junto a nuestras hogueras navideñas! ¡En la hora de la esperanza inmortal, en el cumpleaños de la misericordia inmortal, no apartaremos de nosotros a nada!

El sol invernal se hunde más allá de las ciudades y de las aldeas; allá en el mar traza un camino rosáceo, como si aún estuvieran frescas sobre las aguas las huellas sagradas. Unos instantes después se hunde, y llega la noche, y empiezan a centellear las luces sobre el panorama. En la colina que hay más allá de la ciudad que se extiende sin forma, y en la postura sosegada de los árboles que ciñen el campanario de la aldea, hay recuerdos tallados en piedra, plantados en flores corrientes, que crecen en el césped, que se enlazan con las zarzas bajas en torno a muchos montoncitos de tierra. En la ciudad y la aldea, hay puertas y ventanas bien cerradas contra la intemperie, hay grandes montones de troncos llameantes, hay rostros alegres, hay sana música de voces. ¡Queden excluidos de los templos de los dioses lares todos los daños y asperezas, pero sean admitidos en aquéllos con ternura animadora todos esos recuerdos! Estos pertenecen a esta hora y a todas las seguridades de paz y consuelo que ella nos trae; pertenecen a la historia que reunió, incluso sobre la Tierra, a los vivos y a los muertos; y a la generosa caridad y bondad que muchos hombres, demasiados, se empeñaron en reducir a estrechas trizas.

## **HISTORIA DEL PARIENTE POBRE**

## The Poor Relation's Story, 1852

Se mostró muy reacio a colocarse delante de tantos miembros respetables de la familia, dando comienzo él a la serie de historias que todos tenían que relatar en aquella afectuosa reunión que celebraban en torno a la hoguera navideña; y apuntó modestamente la idea de que lo más correcto sería que «Juanito, nuestro estimado anfitrión» (por cuya salud pidió que se brindase) tuviese la amabilidad del ser el primero. Dijo que él estaba tan poco habituado a ser quien abriese la marcha, que verdaderamente... Pero todos a una le interrumpieron, exclamando que debía ser él quien empezase, y concordaron unánimes en que podía, querría y estaba en la obligación de empezar; entonces él dejó de frotarse las manos y, sacando los pies de debajo del sillón, empezó el relato.

—No me cabe duda —dijo el pariente pobre— de que la confesión que voy a hacer sorprenderá a los miembros de nuestra familia aquí reunidos, y de modo muy particular a Juanito, nuestro estimado anfitrión, a quien tan agradecidos debemos estar por la hospitalidad magnífica con que nos ha acogido. Pero, si me hacéis el honor de sorprenderos de las cosas que cuenta una persona de tan poca importancia en la familia como soy yo, lo único que puedo aseguraros es que seré escrupulosamente exacto en mi relato.

Yo no soy lo que la gente cree de mí. Soy algo completamente distinto. Quizá convenga, antes de seguir adelante, que eche un vistazo a lo que la gente supone y cree que soy.

Si no me equivoco, y los miembros aquí reunidos de nuestra familia me rectificarán si me equivoco, cosa muy probable —y al decir esto el pariente pobre miró benignamente a su alrededor, esperando que le contradijesen—, se supone que no soy enemigo de nadie, sino de mí mismo; que no tengo jamás un éxito notable en nada; que he fracasado en los negocios porque soy hombre crédulo y poco hábil en ellos; es decir, que no estoy preparado para pensar en que mi socio tenga fines ocultos interesados, que no tuve éxito en el amor, porque, en mi confianza ridícula, pensé que era imposible que Cristiana fuese capaz de engañarme; que me vi chasqueado en las esperanzas que había puesto en mi tío Chill, porque no demostré ser tan astuto como él hubiera deseado en los asuntos materiales; que, a través de mi vida, y hablando en términos generales, me he visto casi siempre engañado y chasqueado; que en la actualidad soy un solterón de cincuenta y nueve a sesenta años de edad, que vive modestamente de un donativo trimestral, al que según veo, Juanito, nuestro querido anfitrión, desea que no aluda más. Lo que se supone con respecto a mis actividades y costumbres actuales es lo que sigue:

Resido en una casa amueblada de Clapham Road, donde tengo un cuarto

que da a la parte de atrás, en una casa muy respetable, y donde se espera que permanezca durante el día, a menos de encontrarme enfermo; y de donde salgo por regla general a las nueve de la mañana, fingiendo que voy a negocios. Me desayuno (con un panecillo, mantequilla y media pinta de café) en un establecimiento muy antiguo, cerca del puente de Westminster; a continuación me meto en la City (no sé por qué) y me siento en el café Garra Way, y en la Bolsa, y me paseo, entrando en algunas oficinas y despachos en que algunos amigos y parientes tienen la amabilidad de tolerarme, y en los que permanezco junto al fuego cuando hace tiempo frío. De este modo me paso el día hasta las cinco de la tarde, hora en que como, con un gasto medio de un chelín y tres peniques. Aún me queda un poco de dinero para gastarlo por la tarde, y entro camino de casa en la antigua cafetería, donde tomo una taza de té y a veces una tostada. De ese modo, cuando la manecilla grande del reloj empieza a caminar otra vez hacia las horas de la mañana, vuelvo a desandar el camino hacia Clapham Road, y me acuesto en cuanto llego a mi cuarto, porque el fuego cuesta dinero, y la familia con quien vivo se opone a ello por las molestias que ocasiona y lo que ensucia.

A veces, uno de mis parientes o amigos lleva su amabilidad hasta pedirme que lo acompañe a comer. Esto suele ser en día de fiesta, y yo, después de la comida, suelo ir por lo general a pasear al Parque. Soy hombre solitario, y raras veces paseo con nadie. No es que me esquiven porque voy mal vestido; la verdad es que jamás llego a ese extremo, porque siempre tengo un traje negro muy bueno (o más bien de una mezcla que parece negra, y es mucho más resistente); pero tengo la costumbre de hablar en voz baja, soy de pocas palabras, no demasiado alegre y me doy cuenta de que no soy atrayente como compañero.

La única excepción a esta regla general es el hijo de mi primo hermano, Francisquito. Siento especial cariño por ese muchacho, y él me trata también con mucho afecto. Es por naturaleza desconfiado; y me atrevería a decir que es de los que pronto son pisoteados en una multitud, y olvidados. Él y yo, sin embargo, nos llevamos admirablemente bien. No sé por qué me imagino que andando el tiempo ese pobre chico ha de ocupar en la familia la posición especial que ahora ocupó yo. Hablamos muy poco, pero nos entendemos mutuamente. Paseamos sin rumbo, cogidos de la mano; sin muchas palabras, sabe él lo que yo quiero decirle, y yo lo que él quiere decirme a mí. Cuando era pequeño todavía, acostumbraba yo llevarlo a los escaparates de las tiendas de juguetes, y le mostraba los que había dentro. Es una cosa sorprendente lo muy pronto que descubrió que yo le habría regalado muchísimas cosas si me hubiese encontrado con medios para hacerlo.

Francisquito y yo vamos y contemplamos por fuera el monumento, y contemplamos también los puentes, y todos los espectáculos que son gratis.

Dos veces, en los días de mi cumpleaños, hemos comido bistec a la moda, y hemos ido al teatro a mitad de precio, quedando interesadísimos con el espectáculo. En una ocasión paseaba yo con él por Lombard Street, que visitamos con frecuencia desde que yo le hice notar que allí se encerraban grandes riquezas (el muchacho es muy aficionado a Lombard Street), cuando un caballero me dijo al cruzarse con nosotros:

—Señor, vuestro hijito ha perdido el guante.

Os aseguro, si sabéis disculparme el que haga hincapié en detalle tan nimio, que aquella referencia accidental al chico como si fuera mío me emocionó profundamente y se me cuajaron los ojos de lágrimas.

Cuando envíen a Francisquito a una escuela de fuera de la ciudad, ya no sabré yo en qué pasar el tiempo; pero tengo el propósito de ir una vez por mes, hasta el lugar a donde lo envíen, para visitarlo en los días de media fiesta. Me dicen que entonces él estará jugando en el brezal; si pusiesen inconvenientes a mis visitas, porque podrían desasosegar al niño, me contentaré con verlo desde lejos sin ser yo visto, y después me volveré a casa. Su madre procede de una familia muy aristocrática, y estoy enterado de que no le hace gracia que el chico y yo nos reunamos demasiado. Sé también que mi temperamento no es como para corregir la tendencia hacia la soledad que tiene el niño; pero pienso que, si nos separásemos del todo, me echaría de menos de una manera permanente.

Cuando yo muera en Clapham Road, no dejaré en este mundo muchas cosas más de las que me lleve del mismo; pero tengo un retrato en miniatura de un niño de rostro alegre, cabellos ensortijados y una chorrera de camisa que forma ondas sobre su pecho (mi madre hizo que me retratasen, pero a mí no me parece posible que me sacasen tal cual yo era); ese retrato no vale nada puesto a la venta, y pediré que se lo entreguen a Francisquito. Tengo escrita ya una carta para que se la entreguen al querido niño junto con el retrato; en ella le digo que lamento mucho tener que separarme de él, aunque no tengo más remedio que reconocer que no hay razón alguna para que siga yo en este mundo. Le doy unos breves consejos, los mejores a mi alcance, para que se prevenga de las consecuencias que acarrea el no ser enemigo de nadie, fuera de sí propio; y me he esforzado por consolarlo de lo que temo que ha de parecerle al niño un abandono en este mundo, haciéndole observar que yo fui una cosa superflua para todos, menos para él; y que como no he sabido encontrar mi lugar en esta gran reunión, sea por lo que sea, lo mejor es que salga de ella.

Ésa es la impresión general que de mí se tiene —dijo el pariente pobre, carraspeando para aclararse la garganta y empezando a levantar la voz—. Pues bien: la finalidad y el propósito de mi relato son totalmente falsos, y esto



constituye una circunstancia notable. Ésta no es mi vida, ni son éstos mis hábitos. Ni siquiera vivo en Clapham Road. Relativamente hablando, son poquísimas las veces que voy allí. La mayor parte del tiempo resido en... (casi me da vergüenza pronunciar la palabra, porque suena completamente a fantasía) en un castillo. No quiero decir que se trate de una antigua casona de baronía; pero, sin embargo, en un edificio al que todo el mundo da el nombre de castillo. En él es donde yo guardo los detalles particulares de mi historia, que son como sigue:

Cuando me arriesgué a declararme a Cristiana fue al asociarme por vez primera con Juanito Spatter (que había sido escribiente mío); tenía yo entonces no más de veinticinco años, vivía en la casa de mi tío Chill, del que esperaba mucho. Yo amaba a Cristiana desde muy tiempo atrás. Era muy hermosa y encantadora desde todo punto de vista. Yo desconfiaba de su madre, viuda, sospechando que era mujer calculadora y de tendencias mercenarias; pero procuraba por Cristiana, pensar de ella lo mejor que podía. Mi único amor había sido en mi vida Cristiana; ella era para mí todo en el mundo, todo y mucho más era para mí desde nuestra niñez.

Cristiana me aceptó con el consentimiento de su madre, y su aceptación me hizo verdaderamente feliz. Mi vida en casa del tío Chill era frugal y monótona, y la habitación que tenía en la guardilla era triste, desnuda y fría, igual que una celda de la cárcel del piso alto de alguna severa fortaleza del Norte. Pero, poseedor del amor de Cristiana, ya no necesitaba nada más sobre la Tierra. No habría cambiado mi suerte por la de ningún ser humano.

Por desgracia, el defecto mayor de mi tío Chill era la avaricia. A pesar de ser rico, economizaba, arañaba, retenía y vivía miserablemente. Como Cristiana no tenía dote, estuve durante algún tiempo algo temeroso de confesar a mi tío nuestro compromiso matrimonial; por último, le escribí una carta informándole de toda la verdad. Se la puse una noche en la mano, al ir a acostarme.

A la mañana siguiente bajé a la planta baja, tiritando de frío en aquella temperatura del mes de diciembre, más fría aún en la casa desabrigada de mi tío que en la calle; en ésta el sol del invierno brillaba a veces, y por lo menos tenía la animación de las caras y voces alegres que cruzaban por ella; me acerqué con el corazón preocupado al comedor del desayuno, habitación larga y baja de techo en la que estaba sentado mi tío. Era un salón espacioso en el que ardía un fuego escaso; tenía un gran mirador, en el que durante la noche había dejado la lluvia señales que parecían lágrimas de personas sin hogar. Daba el mirador a un patio poco cuidado, con el pavimento de losas agrietadas y algunas barandillas de hierro mohoso medio al aire, que habían formado parte de un edificio subalterno que sirvió de cuarto de disección en tiempos en que vivía el gran cirujano que hipotecó la casa a mi tío.

Nos levantábamos siempre tan temprano, que en esa época del año teníamos que desayunarnos a la luz de las velas. Cuando entré en la habitación, hallé a mi tío tan encogido de frío y tan apelotonado en su sillón, detrás de una vela que alumbraba débilmente, que no lo vi hasta que estuve muy cerca de la mesa.

Al alargar mi mano para saludarlo, agarró él su bastón (porque, como estaba inválido, caminaba siempre por la casa apoyándose en un bastón), me amenazó con él y dijo:

—¡Estúpido!

—Tío —le contesté—, no esperaba que os enojaseis de esa manera conmigo.

No lo esperaba, aunque era un anciano rudo y muy enojadizo.

—¿Que no lo esperabas? —me dijo—. ¿Es que has previsto tú algo alguna vez? ¿Cuándo has calculado tú, cuándo has pensado en el porvenir, perro despreciable?

—¡Tío, esas palabras son muy duras!

—¿Que son palabras duras? Son más bien plumas cuando se trata de apedrear a un idiota como tú —me contestó—. ¡Ven acá, Isabelita Snapp! ¡Míralo!

Isabelita Snapp era nuestra única criada, una vieja ajada, fea, amarillenta, que a esas horas de la mañana solía ocuparse en dar fuertes friegas a mi tío en las piernas. Cuando éste la conminó a que me mirase, colocó su flaca mano en la coronilla de la cabeza de la vieja, que estaba arrodillada junto a él, y la obligó a que levantase la cara hacia mí. Cruzó por mi cerebro, en medio de mi ansiedad, una idea involuntaria que los relacionó a los dos con la sala de disección, tal como debió de ser en los tiempos del cirujano.

—¡Mira a este mocoso y mamarracho! —dijo mi tío—. ¡Mira a este bebé! Éste es el caballerito del que suele decir la gente que no es enemigo de nadie sino de sí mismo. Éste es el caballerito que jamás sabe decir que no. Éste es el caballerito que estaba ganando tanto dinero en su negocio, que no tuvo más remedio el otro día que tomar un socio. Éste es el caballerito que se va a casar con una mujer que no tiene un penique y que se entrega en las manos de Jezabeles que especulan con mi muerte.

Me di cuenta entonces de lo tremenda que era la furia de mi tío; porque sólo estando fuera de sí mismo habría podido pronunciar esta última palabra, hacia la que sentía una repugnancia tal que jamás pronunciaba nadie o hacía alusión a la misma por ningún motivo delante de él.

—¡Con mi muerte! —repetía, como si me desafiase con aquel reto al odio

que sentía él por la palabra Jezabel—. ¡Con mi muerte! ..., con mi muerte..., ¡muerte! Pero yo desbaraté esos cálculos. ¡Haz bajo este techo tu última comida, muñeco desgraciado, y ojalá se te atragante!

Ya supondréis que no sentiría muchas ganas de un desayuno al que me veía invitado con semejantes frases; sin embargo, me senté en el sitio de costumbre. Comprendí que desde aquel momento podía considerarme repudiado por mi tío; pero me sentía capaz de soportarlo, con tal de poseer el corazón de Cristiana.

Mi tío se desayunó como de costumbre su cuenco de pan en leche, con la única diferencia de que lo colocó sobre sus rodillas, después de apartar su silla de la mesa ante la que yo estaba sentado. Cuando terminó de desayunarse, apagó cuidadosamente la vela; el día, frío, de color de pizarra, desapacible, lució sobre nosotros.

—Ahora, don Miguel —dijo mi tío—, desearía hablar unas palabras con esas damas en presencia tuya antes que nos separemos.

—Como gustéis, señor —contestó—; pero os engañáis, y cometéis con nosotros una injusticia cruel, si suponéis que en este contrato matrimonial existe sentimiento alguno que no sea un amor puro, desinteresado y leal.

A esto se limitó a contestar únicamente:

—¡Mientes!

Marchamos, caminando sobre la nieve medio derretida y sobre la lluvia medio helada, hasta la casa en que vivían Cristiana y su madre. Mi tío las conocía perfectamente. Estaban sentadas a la mesa desayunándose, y quedaron sorprendidas al vernos llegar a una hora como aquélla.

—Soy vuestro servidor, señora —dijo mi tío a la madre—. Supongo que adivináis el objeto de mi visita. Me he informado de que aquí hay encerrado un mundo de amor puro, desinteresado y leal. Para que ese mundo esté completo del todo, tengo el gusto de traer lo que le faltaba. Os traigo a vuestro hijo político, señora..., y a vos, señorita, vuestro esposo. Este caballero nada tiene ya que ver conmigo, pero le deseo que disfrute de su admirable adquisición.

Al salir me miró con risa burlona, y no volví a verlo.

—Están asimismo en un error —siguió diciendo el pariente pobre— los que suponen que mi querida Cristiana, convencida por su madre a fuerza de razones y bajo su influencia, se casó con un hombre rico, y que muchas veces, cuando en estos tiempos tan distintos me cruzo con el coche en que va ella, sus ruedas me salpican de barro. No, no. Se casó conmigo.

Nos casamos mucho antes de lo calculado, y la cosa ocurrió de esta

manera. Tomé pensión en una casa modesta, y hacía economías y planes para el porvenir pensando en Cristiana. Ésta me habló un día con gran emoción, y me dijo:

—Mi querido Miguel, yo te he dado mi corazón. He dicho que te amaba, y me he comprometido a ser tu esposa. Soy tan tuya, lo mismo en la prosperidad que en la desgracia, como si nos hubiéramos casado el día mismo en que nos comprometimos. Te conozco bien, y sé que si nos viésemos separados y se rompiera nuestra unión, ello proyectaría sobre toda tu vida una sombra, y también quedaría debilitado hasta convertirse en una sombra de lo que es en la actualidad todo cuanto hay en tu carácter de fortaleza para luchar con el mundo.

—¡Así me ayude Dios, Cristiana, como que lo que dices es la pura verdad!  
—le contesté.

Y ella, poniendo su mano en la mía con toda su devoción virginal me dijo:

—Miguel, no vivamos ya separados un solo momento más. Soy yo la que tiene que decir que viviré feliz con los pocos recursos de que dispones, y sé que tú lo serás también. Lo digo de corazón. No luches más solo, deja que luchemos juntos. Mi querido Miguel no es justo que yo te oculté lo que tú no sospechas, pero que está desgarrando mi vida toda. Mi madre, sin meditar en que lo que tú has perdido lo perdiste por mí, fiado en mi lealtad, no piensa sino en las riquezas, y me insta a que me case con otro, para desgracia mía. Yo no puedo tolerar esta situación, porque tolerarla sería ser infiel. Preferiría compartir tus luchas que estar mirándolas. No deseo un hogar mejor que el que tú puedas darme. Estoy segura de que tendrás aspiraciones y trabajarás con un valor mayor si yo te pertenezco por completo. ¡Sea, pues, esto cuando tú quieras!

¡Qué feliz fui aquel día, y qué mundo nuevo se abrió ante mis ojos! Nos casamos muy poco después, y me llevé a mi esposa a nuestro hogar feliz. Entonces fue cuando empecé a vivir en la residencia de la que os he hablado; desde entonces data el castillo en que hemos vivido siempre juntos. En él han nacido todos nuestros hijos. Nos nació primero una niña, que hoy está casada, y a la que llamamos Cristiana. Su hijo se parece tanto a Francisquito, que no sé distinguirlos.

La opinión generalizada acerca del tema de mis relaciones con mi socio es también completamente errónea. No es cierto que cuando supo que mi tío y yo habíamos reñido de aquella manera definitiva empezase él a tratarme con frialdad, igual que a un pobre diablo; tampoco lo es que se fuera de allí en adelante apoderando poco a poco de nuestro negocio, y que acabase por prescindir de mí. Todo lo contrario, se comportó conmigo con la máxima buena fe y honradez.

He aquí el giro que tomaron las cosas entre nosotros; el día en que me separé de mi tío, aun antes que llegasen a nuestra oficina mis maletas (que mi tío envió, a pagar el porte al llegar a su destino), me dirigí a nuestro despacho, en nuestro pequeño embarcadero, desde el que se dominaba el río; una vez allí le conté a Juanito Spatter lo que había ocurrido. Juanito no me contestó diciendo que un pariente rico y viejo es una realidad palpable, y que el amor y el sentimiento son fantasías a la luz de la luna. Me habló de esta manera:

—Miguel, nosotros fuimos juntos a la escuela y yo me daba maña por lo general para aventajarte y para que me tuviesen en un concepto mejor.

—Es cierto, Juanito —le contesté.

—Y eso —dijo Juanito—, a pesar de que te pedía prestados los libros y los perdía; de que te pedía prestado el dinero para mis gastos y no te lo pagaba nunca; de que te convencía para que me comprases mis cortaplumas estropeados a precio más alto que el que yo había pagado por ellos de nuevos; de que te hacía responder de las ventanas cuyos cristales había roto yo.

—Todo eso no vale la pena recordarlo, Juanito Spatter —le dije—, aunque sea verdad como lo es.

—Cuando te estableciste con este negocio incipiente, que tan bellas perspectivas presenta de prosperar —prosiguió Juanito—, yo me acerqué a ti, después de andar a la caza de toda clase de empleos, y tú me hiciste escribiente tuyo.

—Tampoco eso merece recordarse, mi querido Juanito Spatter —le dije—, aunque sea igualmente verdad.

—Viendo que yo tenía buena cabeza para el negocio, y que era verdaderamente útil en el mismo, no quisiste conservarme en la categoría de empleado y creíste hacer un acto de justicia convirtiéndome muy pronto en socio tuyo.

—Eso merece recordarse menos aún que las otras pequeñeces de que has hablado, Juanito Spatter —dije yo— porque fui y soy hombre capaz de comprender tus méritos y mis defectos.

—Y ahora, mi buen amigo, vamos a ver si en estas circunstancias amistosas establecemos entre nosotros una justa inteligencia —dijo Juanito, pasando mi brazo por el suyo, según había tenido costumbre de hacerlo en la escuela. En ese momento pasaron por la parte de fuera de las ventanas de nuestra oficina (que tenían la misma forma que las ventanas de popa de una embarcación) dos barcos río abajo, llevados con rapidez por la marea, del mismo modo que Juanito y yo navegábamos en aquel momento en conserva, llenos de lealtad y confianza mutua, por el camino de nuestras vidas—. Tú,

Miguel, eres hombre demasiado blando. No eres enemigo de nadie, sino de ti mismo. Si yo me aprovechase de ese lado flaco de tu carácter en nuestros tratos, unas veces con un encogimiento de hombros, otras con un movimiento de cabeza y un suspiro; si, además de esto, fuese a abusar de la con-fianza que has depositado en mí...

—Pero tú no abusarás jamás, Juanito —le dije.

—¡Jamás! —contestó—. Estoy hablando en hipótesis... Digo, pues, que si abusase, además, de esa confianza, ocultando una parte determinada de nuestros negocios en común, poniendo de relieve tal cosa, situando en la penumbra ésta o aquélla, y así sucesivamente, reforzaría mi fortaleza día a día y debilitaría tu debilidad, hasta acabar viéndome yo por el ancho camino de la fortuna y dejándote a ti en algún descampado desierto, a infinidad de millas fuera del camino.

—Así es exactamente —dije yo.

—Para evitar esto, Miguel —dijo Juanito Spatter—, y para evitar la más remota posibilidad de que tal ocurra, es preciso que exista entre nosotros una perfecta lealtad. Nada debemos escondernos y nuestro interés tiene que ser el mismo.

—Mi querido Juanito Spatter —le aseguré yo—, ésa es precisamente mi intención.

—Cuando te sientas demasiado blando —prosiguió Juanito, irradiando amistad por su cara—, deberás consentir que yo evite que se aproveche nadie de esa imperfección de tu naturaleza; no debes esperar que yo la fomente...

—Mi querido Juanito Spatter —le interrumpí—, no espero que la fomentes, porque quiero corregirla.

—Y yo también lo quiero —dijo Juanito.

—¡Exactamente! —exclamé yo—. Ambos nos proponemos el mismo fin; y buscándolo honorablemente, fiándonos por completo el uno del otro y no teniendo sino un interés común, nuestra sociedad será próspera y feliz.

—¡Estoy seguro de eso! —replicó Juanito Spatter, y nos dimos el más cordial apretón de manos.

Llevé a Juanito a mi castillo y pasamos un día muy feliz. Nuestra sociedad prosperó. Mi amigo y socio aportó a ella lo que a mí me faltaba, tal como yo había previsto, y mejorando el negocio tanto como a mí mismo, pagó ampliamente aquel pequeño ascenso en la vida para el que yo le había ayudado.

—No soy —dijo el pariente pobre, mirando a la hoguera al mismo tiempo

que se frotaba lentamente las manos— muy rico, porque no me preocupó nunca serlo; pero tengo lo bastante, y aún más, para mis modestas necesidades y preocupaciones. Mi castillo no es un espléndido palacio, pero sí está lleno de comodidades, produce una impresión de tibieza y de alegría y es el retrato perfecto del hogar.

Nuestra hija mayor, que se parece mucho a su madre, se casó con el hijo mayor de Juanito Spatter. Nuestras familias se hallan íntimamente unidas por otros lazos de afecto. Las veladas en que nos reunimos todos (cosa que ocurre con frecuencia) resultan agradabilísimas. Juanito y yo conversamos acerca de los viejos tiempos y del interés único que ha existido siempre entre nosotros.

La verdad es que yo, dentro de mi castillo, no sé en qué consiste la soledad. En todo momento andan por allí algunos de nuestros hijos o de nuestros nietos, y las voces juveniles de mis descendientes acarician mis oídos... ¡Oh, cómo los acarician! Mi esposa queridísima y abnegada, tan fiel, tan amante, apoyo, ayuda y consuelo mío, es la bendición inapreciable de mi casa; de ella se derivan todas las demás bendiciones. Somos una familia bastante aficionada a la música, y si alguna vez me ve Cristiana un poco fatigado o deprimido, se dirige calladamente al piano y entona una linda canción, la misma que solía cantar cuando éramos novios. Yo soy un hombre tan blando de corazón, que no me resigno a oírla cantada por otra persona. En cierta ocasión que fui al teatro con Francisquito la cantaron, y éste preguntó asombrado:

—Tío Miguel, ¿de quién con estas ardientes lágrimas que me han caído encima de la mano?

Así es mi castillo y éstas son las auténticas realidades de mi vida que dentro de él se guardan. Yo suelo llevar con frecuencia a Francisquito a mi casa. Mis nietos lo reciben cariñosamente y juegan juntos. En esta época del año (la de Navidad y Año Nuevo) raras veces salgo de mi castillo. Los recuerdos que en esta época me trae parecen atarme a él y las características de la estación parecen decirme que da gusto encontrarse dentro.

—Y el castillo es... —se dejó decir una voz seria y cariñosa de entre la concurrencia.

—Sí. Mi castillo —terminó el pariente pobre, moviendo la cabeza y sin apartar la vista del fuego— es un castillo en el aire. Juanito, nuestro querido anfitrión, ha apuntado con exactitud la situación de mi castillo. ¡Es un castillo en el aire! He terminado... ¿Queréis tener la bondad de contar mi historia a los demás?

## LA HISTORIA DEL NIÑO

### The Child's Story, 1852

Hubo hace muchísimos años un viajero que salió de viaje. Era el suyo un viaje mágico; cuando lo empezó parecía que había de durar muchísimo tiempo, pero resultó cortísimo cuando llevaba hecho la mitad.

Viajó un ratito por un sendero bastante oscuro, sin encontrarse con nadie, hasta que, por último tropezó con un hermoso niño. Y le preguntó:

—¿Qué haces aquí?

Y el niño le dijo:

—Estoy siempre jugando. Ven y juega conmigo.

Jugó, pues, con el niño durante todo el día y ambos estuvieron contentísimos. Todo cuanto veían era hermoso: el cielo muy azul, el sol muy brillante, el agua centelleaba, las hojas eran de un verde subido, se oía cantar a muchísimos pájaros y revolotear a muchísimas mariposas. Esto, cuando el tiempo era hermoso. Cuando llovía, disfrutaban contemplando cómo caían las gotas de agua y percibiendo los aromas nuevos. Cuando soplabla el viento, resultaba una delicia escuchar el ruido que hacía e imaginarse lo que hablaba, siempre que venía volando desde su casa... («¿Dónde estará la casa del viento?», se preguntaban el viajero y el niño). Venía silbando y bramando, empujaba delante de él las nubes, hacía que se doblasen los árboles, retumbaba en las chimeneas, hacía estremecerse la casa y que el mar rugiese furioso. Cuando mejor lo pasaban era cuando nevaba; nada les gustaba tanto como contemplar cómo caían rápidos y espesos, los copos blancos, igual que plumón desprendido de los pechos de millones de pájaros blancos; y lo profunda y suave que era la capa de nieve, y el silencio que reinaba por todas las carreteras y los senderos.

Disponían de abundante provisión de los juguetes más bonitos del mundo y de los libros ilustrados más maravillosos, llenos de relatos de cimitarras, babuchas, turbantes, enanos, gigantes, genios, hadas, barbas azules, tallos de judías, tesoros, cavernas, bosques, Valentinos y Orsones; todos los relatos eran nuevos y todos verdaderos.

Pero cierto día el viajero perdió de improviso al niño. Lo llamó una y otra vez pero no obtuvo respuesta. En vista de lo cual siguió su camino y avanzó algún tiempo sin encontrar a nadie, hasta que por último tropezó con un hermoso muchacho. Entonces el viajero le dijo:

—¿Qué haces aquí?



Y el muchacho le dijo:

—Estoy siempre estudiando. Ven y estudia conmigo.

Y estudió en compañía del muchacho lo referente a Júpiter y Juno, las cosas de los griegos y de los romanos y yo no sé cuántas cosas más; aprendió mucho más de cuanto yo podría decir... y también de lo que él podría decir, porque muy pronto se olvidó de la mayor parte de lo estudiado. Pero no pasaban todo el tiempo estudiando, porque jugaban a los más alegres juegos conocidos. En verano remaban en el río y en invierno patinaban sobre el hielo; caminaban mucho a pie y mucho a caballo; jugaban mucho al criquet y a los diversos juegos de pelota; al rescatado, a la liebre y los perros, a seguir al jefe y a muchísimos más deportes que los que yo soy capaz de imaginar; nadie podía vencerlos. Tenían también vacaciones, y pasteles de Reyes, y reuniones en las que bailaban hasta la medianoche, y teatros auténticos en los que veían surgir del fondo de la tierra palacios de oro y de plata de verdad, y contemplaban de una vez todas las maravillas del mundo. En cuanto a tener amigos, los tenían tan queridos y tan numerosos, que no los cuento por falta de tiempo. Todos ellos eran jóvenes, como el hermoso muchacho, y se habían prometido una amistad que duraría toda la vida.

Sin embargo, cierto día, en medio de aquellos placeres, el viajero perdió de vista al muchacho, lo mismo que había perdido al niño, y, después de llamarle en vano, siguió su viaje. Caminó algún tiempo sin encontrar a nadie, hasta que por fin tropezó con un mozo. Y le preguntó:

—¿Qué haces aquí?

Y el mozo le contestó:

—Ando siempre haciendo el amor. Ven y enamórate como yo.

Y el viajero se marchó con aquel mozo, y poco después se encontraron con una de las mozas más lindas que se vieron jamás (parecidísima a Fanny, la de aquel rincón), porque tenía los mismos ojos de Fanny, y los cabellos de Fanny, y lunares como los de Fanny, y se reía, poniéndose colorada, lo mismo que se está poniendo Fanny ahora que hablo de ella. El mozo se enamoró en el acto..., lo mismísimo que una persona (cuyo nombre no quiero dar ahora) se enamoró de Fanny la primera vez que vino a esta casa. Pues bien: el viajero pasaba a veces rabietas (como las pasa quien yo me sé por culpa de Fanny) y hasta en ocasiones se peleaban..., igualito que se peleaban quien yo me sé y Fanny; pero hacían las paces y se sentaban en la oscuridad, y se escribían cartas todos los días, y no eran felices cuando estaban separados, y se buscaban el uno al otro constantemente, aunque fingían lo contrario, y se comprometieron durante las Pascuas de Navidad y se sentaron muy juntitos cerca del fuego, y pronto iban a casarse..., lo mismito que quien yo me sé y

Fanny.

Pero cierto día, el viajero los perdió de vista, igual que había perdido a los demás amigos suyos; después de gritarles que volviesen, sin que volvieran, aquél siguió su camino. Y fue caminando, caminando, sin encontrarse con nadie, hasta que por último tropezó con un caballero de mediana edad. Y le preguntó al caballero:

—¿Qué hacéis aquí?

Y la respuesta fue:

—Ando siempre atareado. Ven y ataréate conmigo.

El viajero empezó a estar muy atareado, lo mismo que aquel caballero, y juntos se fueron por el bosque. Todo su camino lo hicieron por el bosque; éste era al principio luminoso y verde, como los bosques en la primavera; pero luego empezó a volverse tupido y oscuro, como los bosques en el verano; algunos arbolitos, que fueron los primeros en echar hojas, se estaban ya poniendo amarillos. El caballero no estaba solo, sino que tenía asimismo una señora casi de su misma edad, que era su esposa; y tenían hijos, que también vivían con ellos.

Fueron, pues, todos juntos por el bosque, cortando árboles y abriendo senderos por entre las ramas y las hojas caídas, cargados de leña y trabajando con ahínco.

A veces llegaban a una avenida larga y verde que desembocaba en bosques más profundos todavía. Entonces oían una vocecita que gritaba desde lejos: «¡Padre, padre, yo soy otro hijo! ¡Espérame!», y en seguida veían aparecer una figura pequeña, que se iba agrandando a medida que avanzaba para acercarse a ellos corriendo. Y cuando los alcanzaba, le rodeaban todos, le besaban y daban la bienvenida, y seguían todos juntos adelante.

A veces llegaban a un punto del que arrancaban varias avenidas al mismo tiempo, y entonces se quedaban silenciosos, y uno de los hijos decía:

—Padre, yo me voy al mar.

Y otro:

—Padre, yo me voy a la India.

Y otro:

—Padre, yo me voy a buscar fortuna donde pueda. Y otro:

—Padre, yo me voy al Cielo.

Y, después de despedirse con muchas lágrimas, marchaba cada cual, solitario, por una avenida distinta, menos el niño que iba al Cielo, porque éste

se elevaba por el aire dorado y desaparecía.

En todas estas separaciones, el viajero miraba al caballero y lo veía levantar los ojos al cielo, por encima de los árboles; y el día empezaba a declinar y se anunciaba el ocaso. Advertía también que el cabello del caballero se iba volviendo blanco. Pero no les era posible detenerse mucho, porque tenían que cumplir su jornada y necesitaban estar siempre atareados. Y hubo tantas despedidas, que ya no quedó ningún hijo, y el viajero, el caballero y su esposa siguieron juntos su camino. Pero ya el bosque era amarillo, y hasta las hojas de los grandes árboles empezaron a caer.

Y llegaron a una avenida que era más oscura que las demás, y seguían adelante en su camino sin mirar hacia aquélla; pero en ese momento la señora se detuvo y dijo:

—Esposo mío, me llaman.

Se pusieron a escuchar y oyeron una voz que gritaba desde muy lejos en aquella avenida:

—¡Madreee, madreee!

Era la voz del primero de los hijos que había dicho: «Yo me voy al Cielo». Y el padre dijo ahora:

—Todavía no, por favor. La noche está ya muy cerca. ¡Todavía no!

Pero la voz llamaba: «¡Madreee, madreee!», sin hacer caso de lo que él decía, aunque su cabello estaba ya completamente blanco y las lágrimas surcaban sus mejillas.

Entonces la madre, que se sentía arrastrada hacia la sombra de la oscura avenida y empezaba a ir por ella, sin soltar los brazos que tenía echados al cuello del caballero, besó a éste y le dijo:

—Amor mío, me llaman y no puedo menos de ir —y desapareció.

El viajero y el caballero quedaron solos.

Siguieron adelante juntos, hasta que llegaron muy cerca del límite del bosque; tan cerca, que podían distinguir cómo el sol se volvía rojo y brillaba por entre los árboles.

También ahora, mientras se abría camino por entre las ramas, el viajero perdió a su amigo. Lo llamó y volvió a llamar, pero no obtuvo contestación; y cuando salió del bosque y vio cómo el sol se ponía tranquilamente, en un ancho horizonte teñido de púrpura, tropezó con un anciano que estaba sentado sobre el tronco de un árbol caído. Y le dijo al anciano:

—¿Qué haces aquí?

Y el anciano le contestó con una serena sonrisa:

—Vivo con mis recuerdos. Ven y recuerda en mi compañía.

El viajero se sentó junto al anciano, de cara al sereno crepúsculo; y en ese momento todos sus amigos se le acercaron sin hacer ruido y lo rodearon. El precioso niño, el hermoso muchacho, el mozo enamorado, el padre, la madre y los hijos; todos estaban allí, y el viajero no había perdido a ninguno. Y los quiso a todos, y se mostró cariñoso y condescendiente con todos, gozó siempre con mirarlos a todos, y todos ellos le respetaron y le amaron.

—Yo creo, querido abuelito, que aquel viajero sois vos mismo, porque así os portáis vos con nosotros y así es como nosotros os correspondemos.

## **LA HISTORIA DEL ESCOLAR**

### **The Schoolboy's Story, 1853**

Como todavía tengo pocos años (ya voy entrando en ellos, pero todavía tengo pocos), no puedo contar aventuras que me hayan ocurrido a mí mismo. Me imagino que no interesaría mucho a nadie el saber lo avaro que es el reverendo o lo ave de rapiña que es su mujer y cómo les cargan la mano a mis padres, especialmente en las cuentas de peluquero y de médico que les pasan. A uno de mis compañeros de colegio le cargaron en su cuenta del semestre doce chelines y seis peniques por dos píldoras, que, a la mitad de precio, les habrían dejado una buena ganancia, y que mi compañero no tomó, sino que las escondió en la manga de su chaquetilla.

En cuanto a la carne, es una vergüenza. Aquello no es carne. La carne auténtica no es todo nervios. La carne auténtica la podéis masticar. Además, la carne auténtica suelta jugo, pero la nuestra no suelta nunca ni una gota. Otro de mis compañeros volvió a su casa enfermo y oyó cómo el médico de cabecera le decía a su padre que no se explicaba aquella dolencia como no fuese por culpa de la cerveza. ¡Naturalmente que la cerveza tenía la culpa! ¡Y con muchísima razón!

Pero una cosa es la carne y otra el viejo Cheeseman. Lo mismo digo de la cerveza. Yo quería hablaros del viejo Cheeseman y no de cómo nuestros compañeros ven arruinada su salud por el afán de ganar dinero con ellos.

No hay más que fijarse en los pasteles; la masa no está hecha de hojuelas. Es una cosa sólida, que parece plomo humedecido. Mis compañeros se la comen, y tienen de noche pesadillas, y les hace incorporarse en la almohada, porque gritan y despiertan a los demás. ¿Quién puede extrañarse de que lo

hagan?

El viejo Cheeseman se levantó una noche sonámbulo, se puso el sombrero encima del gorro de dormir, echó mano a una caña de pescar y a una maza de criquet y bajó a la sala de recibir, donde, como es natural, lo tomaron por un fantasma. Estoy seguro de que no hubiera hecho una cosa semejante si las comidas hubiesen sido sanas. Yo me imagino que les vamos a dar un disgusto cuando todos nosotros nos volvamos sonámbulos.

El viejo Cheeseman no era entonces profesor de segundo de latín; sólo era becado. Cuando lo llevaron al colegio era muy pequeño, y llegó en una silla de posta acompañado de una mujer, que no hacía otra cosa que tomar rapé y zarandear al niño; de esto era de lo que mayormente se acordaba. No fue nunca a pasar las vacaciones en casa. No hizo nunca estudios extra, y sus cuentas eran enviadas a un Banco y pagadas por éste; dos veces al año le compraban un traje marrón; a los doce calzó sus primeras botas, que siempre le venían grandes.

Durante las vacaciones de verano, algunos de nuestros compañeros que vivían a corta distancia solían ir de paseo hasta el colegio y trepaban a los árboles de la parte exterior del campo de juego nada más que para ver al viejo Cheeseman que estaba allí leyendo solitario. Fue siempre un hombre tan flojo como el té, el té que nos daban, ¡que ya es decir! Cuando los muchachos le silbaban, él levantaba la vista y saludaba con la cabeza; cuando le preguntaban: «¡Hola, viejo Cheeseman! ¿Qué te dieron de comer?», él contestaba: «Carnero hervido»; y si le decían: «¿No te sientes muy solo, viejo Cheeseman?», contestaba: «Un poco aburrido a veces». Entonces le gritaban: «¡Adiós, pues, viejo Cheeseman!», y se descolgaban al suelo. Naturalmente que era abusar del viejo Cheeseman el no darle durante todas las vacaciones otra cosa que carnero hervido; pero así andaban las cosas. Cuando no le daban carnero hervido, le servían budín de arroz, como si le diesen un festín. De ese modo se ahorraban la cuenta del carnicero.

Así fue creciendo el viejo Cheeseman. Además de la soledad, las vacaciones le traían otras molestias, porque cuando los compañeros regresaban de vacaciones, muy a disgusto, él se alegraba de verlos, y esto los irritaba, porque ellos no se alegraban de volver a verlo a él, y así es como le dieron más de una cabezada contra la pared, llegando incluso en una ocasión a sangrar por la nariz. Pero, en general, lo queríamos todos mucho. En cierta ocasión le abrimos una suscripción, y, para darle ánimos, antes de salir nosotros de vacaciones, le regalamos dos ratitas blancas, un conejo, una paloma y un espléndido cachorro. El viejo Cheeseman lloró al recibir el obsequio...; pero lloró mucho más cuando, poco después, los animales se comieron los unos a los otros.

Como es natural, le habíamos puesto al viejo Cheeseman toda clase de apodos, sacados de los distintos quesos, en honor a su nombre: Dutchman, Double Gloucesterman, Family Cheshireman, North Wiltshireman y otros así. Pero él nunca se molestaba. Yo no quiero decir, al llamarle viejo, que tuviese muchos años, porque no los tenía, sino que desde el principio lo llamamos así: viejo Cheeseman.

Llegó un momento en que al viejo Cheeseman le nombraron pasante de latín. Una mañana, al empezar el semestre, fue presentado a todo el colegio con ese título y con el tratamiento de «señor Cheeseman». Todos los escolares convinimos entonces en que el viejo Cheeseman era un soplón, un desertor, que se había pasado al enemigo y que se había vendido por dinero. No le valió el que se hubiese vendido por una cantidad muy pequeña, dos libras y diez chelines al trimestre, además de la ropa lavada, según nos dijeron. En una reunión de un Parlamento que se formó para discutir el caso, se votó que únicamente había que pensar en los motivos mercenarios que habían impulsado al viejo Cheeseman y que «había acuñado dracmas con nuestra sangre». Esta frase la sacó el Parlamento de la escena en que riñen Bruto y Casio.

Una vez votado de manera tan rotunda que el viejo Cheeseman era un terrible traidor, que nos había ganado la confianza con el propósito de conseguir el favor de la Dirección, revelando todos los secretos que había conseguido descubrir, se invitó a los escolares valerosos a que se afiliasen a una sociedad para formar una pandilla en contra de él. El presidente de la sociedad fue un muchacho que se llamaba Robertito Tarter. Su padre estaba en las Indias Occidentales, y Robertito solía decirnos que tenía muchos millones. Gozaba de gran influencia entre nuestros compañeros, y escribió una parodia, que empezaba de este modo:

¿Quién el bueno de tal modo se hacía

que, al hablar, ni siquiera se le oía,

y salió, sin embargo, un ruin espía?

El viejo Cheeseman.

Por el estilo de ésta eran las doce o más estrofas, que su autor solía cantar todas las mañanas muy cerca de la mesa del nuevo pasante. Enseñó también a uno de los muchachos de primer año, al pequeño Brass, el de la cara rubicunda, que se prestaba a todo, a que se acercase al pasante una mañana con su gramática latina y le dijese: «Nominativus Pronominum (Viejo Cheeseman), raro exprimitur (nunca fue sospechoso) nisi distinctionis (de ser un espía) aut emphasis gratia (hasta que demostró serlo). Ut (por ejemplo), vos damnastis (cuando traicionó a los muchachos). Quasi (como si) dicat (hubiera

dicho). Praeterea nemo (¡Soy un Judas!).»

Todo esto produjo profunda influencia en el viejo Cheeseman. Nunca había tenido mucho pelo; pero el que tenía empezó a quedársele más y más ralo cada día. Y cada día palideció más y se quedó más ajado; en ocasiones se le vio, después de oscurecido, sentado ante su mesa, con la vela ardiendo con largo pabilo, y él llorando con la cara oculta entre las manos. Pero ningún miembro de la sociedad podía mostrarle compasión, aunque la sintiese, porque su presidente declaró que aquello significaba que al viejo Cheeseman le remordía la conciencia.

Así fue viviendo el viejo Cheeseman. ¡Qué desgraciada vida la suya! El reverendo lo trataba con altanería, y también la mujer del reverendo, porque así lo hacían con todos los pasantes; pero quienes más lo hacían sufrir eran los escolares que no lo dejaban en paz un momento. Jamás fue con el cuento a los superiores; por lo menos, la sociedad no tuvo pruebas de ello. Sin embargo, de nada le valió, porque el presidente declaró que aquello no era sino fruto de la cobardía del viejo Cheeseman.

Una sola amistad tenía en el mundo; pero ésta era casi tan impotente como él, porque se trataba nada más que de una amiga: Juanita. Juanita era una especie de encargada del guardarropa de los escolares y se cuidaba de los baúles. Creo que entró en el colegio como una especie de aprendiz (algunos de nuestros compañeros decían que había sido recibida por caridad, pero yo no lo sé); terminado su aprendizaje, quedó en el colegio mediante un sueldo anual. En lugar de decir que se quedó a tanto por año, quizá debiera decir que se quedó a tan poco por año. Sin embargo; tenía ahorradas ya algunas libras en una Caja de Ahorros y era una moza muy simpática. No se podía decir que fuese del todo bonita; pero tenía una cara de expresión franca, honrada y alegre, y todos los escolares le tenían gran simpatía. Era extraordinariamente limpia y alegre y extraordinariamente servicial y afectuosa. Siempre que algún escolar tenía algún disgusto con su madre, buscaba a Juanita y le enseñaba la carta.

Juanita era amiga del viejo Cheeseman. Cuanto mayor era la guerra que le hacía la sociedad, más decididamente adicta se le mostraba Juanita. A veces le dirigía desde la ventana de su despensa una mirada tan animadora, que parecía que con ella se confortase el viejo Cheeseman para todo el día. Acostumbraba salir por el huerto y el jardín de la cocina (que siempre estaba cerrado con llave, ¡vaya que sí!) y cruzar por el campo de juego, aunque hubiera podido seguir otro camino; pero lo hacía con el exclusivo objeto de hacer una seña con la cabeza al viejo Cheeseman, como diciéndole: «¡Anímate!». El cuartito del joven estaba siempre tal limpio y arreglado, que no hacía falta preguntar quién lo cuidaba mientras el viejo Cheeseman estudiaba en su mesa; y cuando los escolares veían un budín bien caliente echando humo en el lugar que

ocupaba el viejo Cheeseman en la mesa, sabían perfectamente, aunque les indignase, quién se lo había enviado.

Así las cosas, y después de muchas reuniones y debates, la sociedad resolvió que se conminase a Juanita a cortar toda clase de relaciones con el viejo Cheeseman, y si se negaba, que también ella fuese condenada por todos al ostracismo. Se nombró, pues, una Comisión, encabezada por el presidente, para que se entrevistase con Juanita y le pusiese al corriente de la resolución que se había visto la sociedad en el caso doloroso de aprobar. Todos la respetábamos mucho por sus buenas cualidades, y se contaba que en cierta ocasión había hablado al reverendo en su propio despacho, consiguiendo librar a un escolar de un severo castigo, movida solamente de su buen corazón. Por esas razones, la Comisión aceptó a disgusto el encargo. Se avistaron con ella, sin embargo, y el presidente la informó de todo. Juanita se puso muy colorada al oírlo, rompió a llorar y contestó al presidente y a la Comisión en un lenguaje que no se parecía en nada al que usaba de ordinario; les dijo que eran un hatajo de muchachos salvajes y llenos de malicia, acabando por echar del cuarto a todo el respetable cuerpo. En su consecuencia, se levantó acta en el libro de la sociedad (que se llevaba en una clave astronómica por temor a que lo descubriesen) de que se prohibía toda clase de comunicación con Juanita, y el presidente explicó a los miembros que aquélla era una prueba convincente del trabajo subterráneo del viejo Cheeseman.

Pero Juanita se mantuvo tan leal al viejo Cheeseman, como éste siguió siendo traidor a nuestros compañeros (en opinión de éstos, por lo menos), y continuó imperturbable siendo su única amiga. Esto llevó a la exasperación los ánimos de la sociedad, porque Juanita suponía para los socios una pérdida tan grande como la ganancia que suponía para el viejo Cheeseman; se mostraron más enconados aún con éste y lo trataron peor que nunca. Una mañana apareció su mesa vacía; se miró en su habitación, y también estaba vacía. Entonces corrió entre las caras pálidas de los escolares el rumor de que el viejo Cheeseman se había levantado muy temprano y se había ahogado.

Las miradas misteriosas que cambiaron entre sí, después del desayuno, los demás pasantes y el hecho elocuente de que no se esperaba al viejo Cheeseman, confirmó a la sociedad en esta opinión. Se empezó a discutir entre algunos si había que condenar al presidente a la horca o solamente al extrañamiento de por vida, y la cara de aquél demostró gran ansiedad por conocer cuál de los dos castigos iba a recibir. Dijo, sin embargo, que un Jurado de su patria siempre lo encontraría a él animoso, y que en su defensa les diría que se pusiesen la mano sobre el corazón y dijese si ellos, como buenos británicos, encontraban bien que hubiese quien aportase pruebas contra un acusado, y qué pensarían si ellos se encontrasen en el mismo caso. Algunos miembros de la sociedad opinaban que lo mejor que el presidente podía hacer



era huir hasta encontrar un bosque, en el que pudiese cambiar la ropa con un leñador y embadurnarse la cara con moras; pero la mayoría opinaba que, si él se defendía, su padre (que residía en las Indias Occidentales y disponía de millones) podría salvarlo por dinero.

Los corazones de todos los escolares palpitaron acelerados cuando se presentó el reverendo, en actitud de romano o de mariscal de campo, armado de la regla, como solía hacerlo siempre que nos dirigía una alocución. Pero sus temores no fueron nada comparados con su asombro cuando empezó su discurso con el relato de que el viejo Cheeseman, «que durante tan largo tiempo ha sido nuestro amigo respetado y nuestro compañero de peregrinación por los agradables prados del saber» (¡así fue como lo llamó, sí, señor!), era el hijo huérfano de una dama joven que fue desheredada por haberse casado contra la voluntad de su padre; que el joven padre del viejo Cheeseman había muerto, y que también había muerto de dolor la madre; que su infortunado niño había sido criado a costa de un abuelo que no quiso verlo jamás, ni de niño, ni de muchacho, ni de hombre; que el tal abuelo había muerto, y bien se lo había merecido (esto soy yo quien lo dice), y que las grandes propiedades del abuelo, que no había dejado testamento, pasaban de pronto y para siempre a manos del viejo Cheeseman. Y el reverendo cerró una serie de citas cargantes, anunciándonos que nuestro largamente respetado amigo y compañero de peregrinación en las llanuras del saber «volvería a estar una vez más entre nosotros» de allí a quince días, porque deseaba despedirse de todos personalmente y de un modo especial. Al decir estas palabras, dirigió una mirada severa a todos los escolares y salió con solemne continente.

Reinó la consternación entre los miembros de la sociedad. Muchos quisieron dimitir y muchos más intentaron demostrar que ellos no habían sido nunca socios. Pero el presidente se mantuvo terne, afirmando que todos debíamos resistir o caer juntos, y que si se abría una brecha, pasarían por encima de su cadáver. Con ello pretendía levantar los ánimos, pero no lo consiguió. Dijo, además, el presidente que meditaría sobre la situación en que se encontraban, y que, pasados algunos días, les haría saber su mejor opinión y consejo. Uno y otro fueron esperados con gran interés, porque, teniendo el padre en las Indias Occidentales, el hijo tenía que saber mucho.

Después de muchos días de hondas meditaciones y de llenar su pizarra de dibujos de ejércitos, el presidente reunió a los escolares y les aclaró la cuestión. Dijo que no cabía duda de que, cuando el viejo Cheeseman se presentase el día indicado, su primer acto de venganza consistiría en acusar a la sociedad y hacer que los azotasen a todos. Después que hubiese presenciado gozosamente la tortura de sus enemigos y se hubiese deleitado con los gritos de dolor que les arrancaría el castigo, era lo más probable que invitase al reverendo, bajo el pretexto de conversar, a que pasase con él a un cuarto

reservado (por ejemplo, al salón al que solían pasar a los padres y en el que había dos globos que jamás eran utilizados para la enseñanza), y que, una vez a solas, le echaría en cara los fraudes y la opresión de que le había hecho víctima. Al terminar estas censuras, haría el viejo Cheeseman una señal a un boxeador profesional que estaría oculto en el pasillo, y éste se presentaría y daría de puñetazos al reverendo hasta tumbarlo sin sentido. Acto continuo, el viejo Cheeseman haría a Juanita un donativo de cinco o de diez libras y se retiraría del colegio como un demonio triunfante.

Siguió diciendo el presidente que él nada tenía que decir en contra de la escena que tendría lugar en el salón ni contra lo referente a Juanita; pero que, en lo que tocaba a la sociedad, aconsejaba una resistencia a muerte. Y para esto recomendaba que se llenasen de piedras todos los pupitres de que se pudiese disponer, y que la primera palabra de queja del viejo Cheeseman sería la señal para que todos los escolares iniciasen la pedrea. Este atrevido consejo reanimó a la sociedad y fue adoptado por unanimidad. Se levantó en el terreno de juego un poste que tendría más o menos el tamaño del viejo Cheeseman, y todos los escolares se ensayaron en el tiro hasta que estuvo lleno de abolladuras.

Cuando llegó el día, se convocó a todo el colegio, y los escolares ocuparon temblorosos sus asientos. Se había hablado y discutido mucho sobre cómo haría su presentación el viejo Cheeseman. La opinión general fue que llegaría en una especie de carroza triunfal tirada por cuatro caballos, con dos lacayos de librea en la parte delantera, y el boxeador, disfrazado, detrás. Todos los escolares estaban, pues, al acecho del ruido de ruedas. Pero quedaron chasqueados, porque el viejo Cheeseman se presentó a pie y entró en la escuela sin previa preparación. Era, aproximadamente, con la única diferencia de que ahora vestía de negro.

—Caballeros —dijo el reverendo, presentándolo—, nuestro durante largos años respetado amigo y compañero de peregrinación por las llanuras del saber desea dirigiros unas palabras... ¡Atención, pues, caballeros todos!

Todos los escolares metieron disimuladamente la mano dentro del pupitre. El presidente estaba preparado y calculaba con la mirada la puntería.

¿Y qué creéis que hizo entonces el viejo Cheeseman? Se dirigió a su antigua mesa, miró en torno suyo con una extraña sonrisa, que parecía indicar que asomaban lágrimas a sus ojos, y empezó a decir con voz suave y temblorosa:

—Queridos compañeros y viejos amigos...

Las manos de todos los escolares volvieron a salir de los pupitres y el presidente rompió de pronto a llorar.

—Queridos compañeros y viejos amigos —dijo el viejo Cheeseman—, ya conocéis mi buena fortuna. He pasado tantos años bajo este techo (podría decir que toda mi vida), que me imagino que os habréis alegrado por mí. No habría podido gozar de mi fortuna sin venir a cambiar con vosotros las oportunas congratulaciones. Si en alguna ocasión ha existido entre nosotros una mala inteligencia mutua, yo os ruego, mis queridos muchachos, que nos perdonemos y olvidemos. Abrigo en mi interior una gran ternura hacia vosotros, y tengo la seguridad de que me la devolvéis. Deseo, con el corazón rebosante de gratitud, dar un apretón de manos a todos, uno por uno. Tened entendido, mis queridos muchachos, que he vuelto expresamente para ello.

Desde que el presidente empezó a llorar, otros escolares, aquí y allá, habían roto en lágrimas; pero cuando el viejo Cheeseman inició por aquél, como cabeza de clase, los apretones de manos, dándole la mano derecha y apoyando cariñosamente la izquierda en su hombro; y cuando el presidente dijo: «La verdad, señor, que no me lo merezco; por mi honor que no me lo merezco», toda la escuela empezó a sollozar y llorar. Uno tras otro, los escolares dijeron que no se lo merecían, más o menos como lo había dicho el presidente; pero el viejo Cheeseman, sin hacer caso, siguió saludando alegremente uno tras otro a todos, y terminó haciendo lo mismo con todos los pasantes, poniendo, como colofón, el apretón de manos al reverendo.

Y en este momento, un muchachito que hacía pucheros en un rincón, y que siempre estaba castigado a una cosa u otra, dejó escapar un agudo grito:

—¡Buena suerte al viejo Cheeseman! ¡Hurra!

El reverendo lo fulminó con una mirada, y dijo:

—Queréis decir, caballero, al señor Cheeseman.

Pero el viejo Cheeseman protestó, asegurando que prefería su viejo calificativo mucho más que el nuevo, y entonces todos los escolares a una repitieron el grito; y yo no sé durante cuántos minutos hubo allí un tronar de pies y de manos y una tempestad de gritos de «¡viejo Cheeseman!», como jamás se había oído.

Después de esto, hubo en el comedor un festín magnífico. Aves, lechugas, confituras, frutas, dulces, jaleas, sangría, caramelos de cebada, cremas, galletas (para comer hasta no poder más y guardar en el bolsillo cuanto uno quería), y todo el gasto a cargo del viejo Cheeseman. Y, después de esto, arengas, fiesta completa, equipos dobles y triples de toda clase y para toda clase de juegos, burritos, carretillas con caballitos, comida para todos los pasantes en Las Siete Campanas (que los escolares calcularon a veinte libras por barba), señalamiento de fiesta y banquete anual a celebrarse todos los años en aquel mismo día, además de otra fiesta y banquete el día del natalicio del

viejo Cheeseman (comprometiéndose el reverendo delante de los escolares a permitirlo, de manera que ya no pudiese volverse atrás), y todo a pagar del bolsillo del viejo Cheeseman.

¿Y no fueron los escolares en corporación a dar vítores desde el exterior de Las Siete Campanas? ¡Vaya si fueron!

Pero aún hubo algo más. No miréis ya al que tiene que contar otra historia después de la mía, porque aún me queda algo que decir. Al día siguiente se tomó la resolución de que la sociedad se reconciliase con Juanita y que luego se disolviese; pero ¿y si yo os dijese que también Juanita se había marchado?

—¿Cómo? ¿Se ha marchado definitivamente? —dijeron los escolares con las caras muy largas.

—Sí, se ha marchado para siempre —fue la respuesta que obtuvieron.

Nadie supo dar otra explicación entre el personal de la casa. Finalmente, el primero de la clase se encargó de preguntar al reverendo si, en efecto, nuestra vieja amiga Juanita se había marchado. El reverendo (que tiene en casa una hija de nariz respingona y roja) contestó en tono severo:

—Sí, caballero; la señorita Pitt se ha marchado.

—¡Mira que llamar a Juanita la señorita Pitt!

Hubo quienes dijeron que había sido despedida en castigo de haber aceptado dinero del viejo Cheeseman; otros corrieron la voz de que había ido a servir al viejo Cheeseman, que le mejoraba el salario en diez libras al año. Lo único que los escolares sabían realmente era que Juanita se había marchado.

Pasaron dos o tres meses; una tarde se detuvo junto al campo de criquet, del lado exterior, un carruaje abierto en el que iban una dama y un caballero que estuvieron contemplando largo rato el juego, puestos en pie para verlo bien. Nadie se preocupó de ellos, hasta que el mismo muchachito llorón se metió en el campo faltando a todas las reglas y abandonando el puesto que se le había señalado, y dijo: ¡Es Juanita!

Los dos onces olvidaron en el acto el juego, y corrieron hacia el coche, rodeándolo. ¡Era Juanita! Y ¡qué sombrero llevaba! Pues bien; aquí viene lo bueno: ¡Juanita se había casado con el viejo Cheeseman!

Fue de aquella manera cuando y como yo los vi por primera vez. Para entonces habían ocurrido muchos cambios entre los escolares y se había descubierto que el padre de Robertito Tarter no tenía tales millones. No tenía absolutamente nada. Robertito había sentado plaza de soldado, y el viejo Cheeseman había pagado la cantidad obligada para que quedase libre. Pero esto nada tiene que ver con el coche. El coche se detuvo, y todos los escolares se detuvieron en el juego en cuanto lo vieron.

—De modo, muchachos, que no conseguisteis enviarme al ostracismo — dijo la dama riéndose, mientras los escolares se subían a la cerca en montón para estrecharle las manos—. ¿Verdad que ya no lo haréis?

—¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca! —fue el grito que surgió de todas partes.

Entonces yo ignoraba lo que esas palabras querían decir, aunque ahora sí que lo sé. La cara de Juanita me gustó mucho, y también sus maneras simpáticas; no podía apartar mis ojos de ella, y de él tampoco, mientras todos los escolares se arracimaban tan gozosos a su alrededor.

No tardaron, ella y él, en fijarse en mí, que era nuevo, y, en su consecuencia, me pareció que yo también podía saltar la cerca y darles un apretón de manos como los demás. Estaba yo tan alegre de hablar con ellos como cualquiera de mis compañeros, y a los pocos momentos los trataba con la misma familiaridad que el resto de los escolares.

—Sólo falta una quincena para las vacaciones —dijo el viejo Cheeseman—. ¿Se queda algún muchacho en el colegio? Muchos dedos me señalaron a mí, y muchas voces gritaron:

—¡Ése!

Porque todo esto ocurrió el año en que estabais ausentes, y podéis creerme que yo me sentía bastante triste.

—¿Cómo? —dijo el viejo Cheeseman—. Esto se queda muy solitario durante las vacaciones. Lo mejor sería que se viniese a nuestra casa.

Y ahí tenéis cómo yo marché a su residencia encantadora y fui todo lo feliz que se puede ser. ¡Ellos sí que saben tratar como se debe a los muchachos!, ¡vaya si saben! Por ejemplo, cuando llevan a un muchacho al teatro, lo llevan de verdad. No se les ocurre llegar cuando ya empezó la función, ni salir del teatro antes que termine. Saben también cómo se educa a un muchacho. ¡Fijaos en el hijo que tienen! Aunque todavía es pequeño, ¡vaya muchacho espléndido! Os digo que, después de la señora Cheeseman y del viejo Cheeseman, la persona más simpática para mí es Cheeseman el joven.

Ahora sí que os he contado todo cuanto sabía del viejo Cheeseman. Me temo, después de todo, que sea poca cosa, ¿verdad?

## **LA HISTORIA DE DON NADIE**

**Nobody's Story, 1853**

Vivía a orillas de un río caudaloso, ancho y profundo, que se deslizaba de

una manera constante y silenciosa hacia el inmenso e inexplorado océano. Así es como se había deslizado desde que el mundo es mundo. Algunas veces había variado su curso, metiéndose por nuevos lechos, dejando los viejos, secos y desolados; pero nunca dejó de correr, y seguirá corriendo hasta el fin de los tiempos. No hay nada que pueda detener su corriente poderosa e insondable. Ninguna criatura viviente, flor, hoja, partícula de realidad animada o inanimada, consiguió jamás echarse hacia atrás para evitar el caer en el océano inexplorado. La corriente del río avanza irresistible hacia él; y no se detuvo nunca, como no se detiene la Tierra en su girar alrededor del Sol.

Vivía en una población muy activa y trabajaba duramente para vivir. No tenía esperanza de llegar a ser nunca lo suficientemente rico para poder vivir un mes sin hacer un trabajo rudo; pero estaba satisfecho; bien lo sabe Dios, de trabajar con ánimo gozoso. Era un miembro de una familia inmensa, y todos sus hijos e hijas se ganaban el pan cotidiano con el trabajo de cada día, un trabajo que empezaba desde que se levantaban hasta que se acostaban por la noche. No tenía otras perspectivas fuera de éstas, y tampoco las buscaba.

En la población donde vivía sonaban mucho los tambores y los clarines y las arengas; pero él no se metía en esas cosas. Todo ese estrépito y barullo procedía de la familia de los Señorones, de cuya increíble conducta él se asombraba mucho. Los Señorones levantaban las más sorprendentes estatuas de hierro, mármol, bronce y metal delante de su puerta; le quitaban, además, la luz con las patas y las colas de las más toscas reproducciones de caballos. Nuestro hombre se preguntaba qué podía significar todo aquello; se sonreía con su buen humor algo rudo, y no dejaba de la mano su duro trabajo.

La familia de los Señorones, que estaba compuesta de las personas más solemnes y más bullangueras de aquellas cercanías, había tomado a su cargo el ahorrarle el trabajo de pensar por sí mismo, además del de guiarlo y gobernar sus asuntos.

—La verdad es —decía nuestro hombre— que no me queda tiempo para nada; y si me hacéis el favor de cuidaros de mí, a cambio del dinero que yo pago, me quitaréis un peso de encima y os quedaré muy agradecido, teniendo en cuenta que estáis mejor enterados que yo.

La verdad es que la familia de los Señorones necesitaba de su dinero, y la consecuencia de aquel arreglo fue el sonar de tambores y de clarines, y las arengas, además de las feas reproducciones de caballos levantadas con intención de que nuestro hombre se postrase de rodillas y las adorase.

—No entiendo todo esto —decía él, hecho un lío, rascándose la frente, llena de arrugas—. Pero quizá tenga un sentido que no consigo descubrir.

—Todo esto significa la más alta gloria y honor al más alto mérito —

contestó la familia de los Señorones, sospechando algo de lo que nuestro hombre había dicho.

—¡Oh! —exclamó éste; y se alegró de aquello que había oído.

Pero, al pasar revista a las estatuas de hierro, mármol, bronce y metal, no descubrió entre ellas a un paisano suyo que era hombre de muchos méritos, hijo de un tratante de lanas del Warwicshire, ni a ningún otro compatriota de esta clase. No veía entre las estatuas a ninguno de los hombres cuya sabiduría lo salvó a él y salvó a sus hijos de una epidemia terrible que deja desfigurada la cara, ni a los que con su valor sacaron a sus antepasados de la condición de siervos, ni a los que con su sabia imaginación abrieron a los humildes los caminos de una vida nueva y más elevada, ni a los que con su maestría llenaron el mundo de la clase trabajadora con maravillas y más maravillas. Y, por el contrario, vio a otros hombres de quienes él no sabía que hubiesen hecho nada bueno, sin que faltasen algunos de los que nuestro hombre conocía muchas maldades.

—La verdad que no lo entiendo del todo —dijo nuestro hombre.

Se fue a su casa y se sentó al amor de la lumbre para no pensar más en ello. Ahora bien: su hogar era muy pobre, y alrededor del mismo no había sino callejuelas oscuras, aunque para nuestro hombre era un tesoro. Las manos de su esposa estaban encallecidas por el trabajo, y había envejecido antes de tiempo; a pesar de todo, él la quería mucho. Los hijos de ambos, menguados en su desarrollo, mostraban las huellas de una mala alimentación; pero eran bellos a los ojos del padre. Por encima de todo, lo que éste anhelaba era que sus hijos recibiesen una adecuada educación.

—Puesto que yo, por falta de conocimientos, me equivoco a veces —decía —, que ellos, por lo menos, sean instruidos y eviten las equivocaciones. Si para mí resulta difícil recoger la cosecha de agrado y de instrucción que guardan los libros, que sea para ellos tarea más fácil.

Pero la familia de los Señorones se enzarzó en violentas disputas intestinas sobre lo que se debía o no se debía enseñar a los hijos de nuestro hombre. Algunas personas de la familia insistían en que, por encima de todo, era absolutamente indispensable y elemental enseñarles tal cosa; otros miembros de la familia porfiaban que lo indispensable y elemental, por encima de todo, era tal otra; la familia de los Señorones, dividida en banderías, escribió folletos, celebró reuniones y pronunció toda clase de discursos, acusaciones y arengas; se acorralaron unos a otros en tribunales laicos y tribunales eclesiásticos; se lanzaron pellas de barro, se aporrearon de lo lindo y se acogotaron unos a otros, animados de un furor incomprensible. Mientras tanto, nuestro hombre, en los cortos ratos que se dormía por la noche en su hogar, veía levantarse al demonio de la Ignorancia y llevarse a sus hijos. Veía a su

hija convertida en una esclava deseada y oprimida; veía cómo su hijo se embrutecía por los senderos de la más degradante sensualidad, bestialidad y crimen; veía cómo alboreaba en los ojos de sus bebés la luz de la inteligencia para luego trocarse en astucia y desconfianza, hasta el punto de que hubiera preferido verlos idiotizados.

—Tampoco esto lo comprendo —dijo nuestro hombre—; pero me parece que no puede ser justo. ¡No, señor! ¡Protesto, por el cielo cubierto de nubes que tengo encima de mi cabeza, contra semejante injusticia que se comete conmigo!

Pero volvió a calmarse, porque sus iras solían ser de corta duración, y era hombre de buen carácter; miró a su alrededor los días de domingo y demás festivos, y se dio cuenta de toda la monotonía y aburrimiento que reinaba en ellos, comprendiendo entonces por qué la gente se daba a la borrachera con todo su cortejo de desgracias. Entonces se dirigió a la familia de los Señorones y les dijo:

—Somos un pueblo trabajador, y yo tengo una vaga sospecha de que la gente trabajadora, como quiera que haya sido formada (y la formó una inteligencia muy superior a la vuestra, según mi pobre entender), precisa descanso mental y recreo. Mirad en lo que venimos a parar cuando en nuestros días de asueto carecemos de ambas cosas. ¡Ea! ¡Distraedme de una manera inofensiva, mostradme algo, proporcionadme un desahogo!

Al oír esto la familia de los Señorones estalló en una barahúnda ensordecedora. Se oyeron algunas voces débiles que proponían que se le mostrase las maravillas del mundo, la grandeza de la creación, los cambios inmensos del tiempo, las obras de la Naturaleza y las bellezas del arte; que se le mostrasen estas cosas en cualquier momento de su vida que pudiese contemplarlas; pero entonces se armó entre los Señorones tal escándalo y locura tan furiosa, tal cantidad de sermones y de instancias, tal suma de refunfuños y de enviar memoriales, tal cambio de epítetos y de pellas de barro, tal agudo ventarrón de preguntas parlamentarias y de contestaciones sin energía (en las que el «no me atrevo» servía al «yo quisiera»), que nuestro pobre hombre se quedó aterrado, mirando atónito en torno suyo.

—¡De modo que yo he provocado todo esto! —exclamó, tapándose asustado, los oídos con ambas manos—, que yo he provocado todo esto con una petición llena de inocencia, obra espontánea de mi experiencia de todos los días y que está además al alcance de todos los hombres que quieran abrir los ojos. No lo entiendo, y no me entienden. ¿Qué va a salir de semejante estado de cosas?

Nuestro hombre se hallaba aplicado a Su trabajo, haciéndose muchas veces estas preguntas, cuando empezó a correr la voz de que entre los trabajadores se



había extendido una peste que los diezmaba. Salió a ver lo que ocurría a su alrededor, y descubrió que la noticia era cierta. Los moribundos y los muertos se amontonaban en las casas, sin luz ni ventilación, donde había transcurrido su vida. La atmósfera siempre lóbrega y siempre nauseabunda se iba impregnando de una nueva ponzoña. Todos eran arrebatados por la enfermedad de la misma manera: el robusto y el débil, el anciano y el niño, el padre y la madre.

¿Tenía él acaso medio de huir? Se quedó allí, donde vivía, y vio cómo se llevaba la muerte a los seres que más quería. Se le acercó un bondadoso predicador y se ofreció a recitar algunas oraciones para que sirviesen de bálsamo a su corazón afligido; pero nuestro hombre le contestó:

—¿Y de qué sirve, misionero, que vengas a mí, que estoy condenado a residir en este lugar hediondo, en el que todos los sentidos que me fueron otorgados para mí placer se convierten en una tortura, y en el que cada minuto que se suma a los días contados que tengo que vivir es como nuevo cieno superpuesto al montón bajo el que vivo oprimido? Dame para empezar un anticipo del cielo, proporcionándome algo de su luz y de su aire puro; dame agua que sea limpia; ayúdame a que lo sea yo; alígera esta pesada atmósfera y esta pesada vida en la que nuestro ánimo se abate, y nos convertimos en los seres indiferentes e insensibles que conocéis; retirad con cariño y bondad los cuerpos de aquellos que mueren entre nosotros, sacándolos de la reducida habitación en la que, a fuerza de familiarizarnos con la muerte, con ese cambio tan terrible, acaba ésta por perder ante nuestros ojos su misma santidad; entonces, maestro, escucharé (nadie mejor que vos sabe que escucharé con la mejor voluntad) lo que me habléis de Aquel que tanto pensó en los pobres y que tuvo compasión de todos los dolores humanos.

Nuestro hombre estaba otra vez enfrascado en su trabajo, solo y triste, cuando su patrono llegó vestido de luto y se colocó a su lado. También él había experimentado pérdidas dolorosas. Su joven esposa, su bella y buena joven esposa, había muerto, y también su único hijo.

—Amo, el golpe es duro, ya lo sé; pero consolaos. Si pudiese, os consolaría.

El amo le dio las gracias de todo corazón; pero le dijo:

—¡Ay obreros! Esta calamidad se ha originado entre vosotros. Si hubieseis vivido de una manera más conforme a las normas de la salud y de la decencia, no me encontraría yo en este momento viudo, solo y enlutado como me veis.

—Amo —contestó el otro, moviendo la cabeza—, empiezo a entrever que muchas calamidades saldrán de entre nosotros como ha salido esta última; ninguna de ellas se detendrá a nuestras pobres puertas hasta que nos

coliguemos con aquella gran familia vocinglera de ahí cerca para llevar a cabo lo que es justo. Es imposible que vivamos sana y decentemente, a menos que quienes se comprometieron a gobernarnos nos proporcionen los medios. No podemos aprender, a menos que ellos nos enseñen; no podemos divertirnos de una manera racional, a menos que ellos nos diviertan; no podemos menos de crear algunos falsos dioses nuestros, mientras ellos levanten en las plazas públicas tantos dioses suyos. Las dañinas consecuencias de una instrucción imperfecta; las dañinas consecuencias del abandono pernicioso, las dañinas consecuencias de un rigor antinatural y de negarnos distracciones humanizadoras, surgirán de entre nosotros; pero ninguna de ellas limitará su acción a nosotros solos. Se extenderán muy lejos y en todas direcciones. Siempre ha ocurrido así; siempre se extendieron de ese modo, exactamente igual que la peste. Creo que por fin se me han abierto del todo los ojos.

Pero el amo insistió:

—¡Ay obreros! ¡Qué pocas veces se habla de vosotros, como no sea en relación con alguna dificultad!

—Amo —contestó nuestro hombre—, yo soy Don Nadie, y es poco probable que se hable de mí (y quizá tampoco se quiere que yo dé que hablar), fuera de los momentos en que se produce alguna dificultad. Pero las dificultades no nacen jamás de mí, y tampoco pueden acabar nunca en mí. Tan seguro como hemos de morir, que siempre vienen sobre mí y rebotan en mí.

Tan llenas de razón estaban sus palabras, que la familia de los Señorones barruntó lo que ocurría y, aterrada por la última hecatombe, resolvió unirse a Don Nadie para realizar las cosas justas y convenientes..., por lo menos en su relación con la manera de prevenir de un modo radical (humanamente hablando) otra peste. Pero, a medida que se les fue pasando el miedo, y esto ocurrió pronto, empezaron a pelearse entre ellos y no hicieron nada en la práctica. Y, como es natural, la plaga apareció de nuevo y se propagó vengadora de abajo arriba, arrebatando la vida a muchos de los que disputaban a gritos. Pero nadie en la familia de los Señorones confesó jamás, si es que llegó a vislumbrarlo siquiera, que él tuviese alguna culpa de la plaga.

De modo, pues, que Don Nadie vivió y murió como venía viviendo desde los tiempos más remotos; y esto es, en conjunto, lo más importante de toda la historia suya.

«Pero ¿no tenía nombre y apellido?», me preguntaréis. Quizá se llamase Multitud. Poco importa su nombre. Llamémosle, pues, Multitud.

Si habéis visitado alguna vez las aldeas belgas próximas al campo de batalla de Waterloo, habréis visto en alguna iglesita silenciosa un monumento erigido por leales compañeros de armas a la memoria del coronel A, del

comandante B, de los capitanes C, D y E, de los tenientes F y G, de los alféreces H, I y J, de siete suboficiales y de ciento treinta soldados rasos, que murieron aquel día memorable en el cumplimiento de su deber. La historia de Don Nadie es la de los soldados rasos del mundo. Participan en la batalla; contribuyen a la victoria; sucumben; y sus nombres se confunden en la masa común. El camino de quienes más orgullo tenemos desemboca en la senda de polvo por la que ellos se fueron. ¡Pensemos en ellos este año frente a la hoguera de Navidad y no los olvidemos cuando ésta se haya consumido!

***Freeditorial*** 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita [freeditorial.com/es](http://freeditorial.com/es)